

Selección TERROR

LA MUERTE REGALO CINCO LLAVES

ADA CORETTI


ST
SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

228 — Doce días de horror, *Kelltom McIntire*.
229 — El teatro de los horrores, *Curtis Garland*.
230 — Regreso de las tinieblas, *Ray Lester*.
231 — El duque de la muerte negra, *Burton Hare*.
232 — La rebelión de los espectros, *Kelltom McIntire*.

ADA CORETTI

LA MUERTE REGALÓ CINCO LLAVES

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 233
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 25.315 - 1977
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: agosto, 1977

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1977

CAPITULO PRIMERO

Se podía pagar dinero por no detenerse en Pittersson. ¡Era una localidad tan desapacible, tan inhóspita, tan... siniestra!

Sensación, esta última, a la que generosamente contribuía la niebla. Una niebla densa, compacta, que nunca se alejaba de allí, y que hacía estremecer a sus visitantes por la humedad que les metía en los huesos o tal vez, simplemente, el temor que les hacía sentir en el cuerpo.

No, Pittersson no tenía nada de acogedor. Como tampoco lo tenía House-Worley, la enorme, antigua y destartalada casa que se alzaba sobre la desnuda y árida colina. Una casa hasta la que ningún niño se atrevía a llegar.

Pero sí llegaban hasta allí, cada Navidad, los cinco sobrinos del dueño de la misma. Dos muchachas, Doris y Deborah Worley, y tres varones, Jerry, Wallace y Alexander Worley.

Todos ellos, recibidos, siempre, con agrado y complacencia por el tío, Jess Worley, quien, al parecer, no sentía preferencias por ninguno, aunque sí cariño por todos.

Tío Jess era rico. Los sobrinos lo sabían. No, no convenía olvidarle en fechas tan señaladas. Tío Jess estaba muy mal de salud, que no viviría mucho. Y cuando fuera a llegar ese momento, ¿acaso no era lógico que se olvidara de obras benéficas, asilos, y demás, y se acordara de ellos?

Pero no sólo lo hacían por su dinero que, con ser bastante, no era tampoco una cifra para marear a cualquiera. Lo hacían, en el fondo, por algo más. Tío Jess les había asegurado, en más de una ocasión, que en la biblioteca de la casa existía un libro de alquimia, ciencias ocultas, magia, transmutaciones, de todo había allí, con el que, antes o después, podría lograr dar con el elixir de la eterna juventud, o quizá con el modo de convertir en puro oro cualquier cosa, o puede que...

No le creían. Se resistían a creerle. Aquello no era más que un disparate gordo... ¡Pero tío Jess hablaba con tanto entusiasmo, con tanto énfasis que, quieras que no, algo se les colaba dentro!

—Me bastará dar con el libro... He de encontrarlo, aunque hay más de cincuenta mil ejemplares en la biblioteca y... —había añadido, asimismo, en más de una ocasión.

Como fuera, cada año estaban allí los cinco sobrinos, unos y otros dispensando palabras cariñosas y arrumacos al tío enfermo. Tan enfermo, que cada año se extrañaban de encontrarle aún con vida.

Bueno, en realidad, eran seis los sobrinos, todos ellos primos entre sí, que cada año se reunían allí. Había que contar también a Arlene, la jovencita llena de alegría y dinamismo, que solía decir las cosas claras a su tío Jess. A veces, demasiado claras. Pero, pese a eso, o quizá tal vez precisamente por eso, daba la sensación de ser la que le quería más. Muchísimo más.

Aquel año, los primeros en llegar fueron Wallace, Jerry y Alexander, tres

muchachos pelirrojos, con la cara pecosa. Se habían puesto de acuerdo para ir en un mismo coche.

Pero, en el autocar de línea, Doris y Deborah llegaron muy poco después; tanto es así, que unos y otros coincidieron ante la puerta principal de House-Worley.

Tras los saludos de rigor, que no daban la impresión de albergar rivalidades de ningún género, hicieron sonar el picaporte de la enorme casa. Los golpes resonaron roncamente.

Poco después, la puerta se abría, dejándose ver Mark, el viejo mayordomo. Un hombre bajito, algo encorvado, cuyos ojos eran aún vivaces.

Cada año, solía recibir a los sobrinos de su señor, con evidentes muestras de agrado, de alegría, incluso. En esta ocasión, no fue así. Una sombra triste, amarga, cruzaba su rostro.

—¿Sucede algo...? —se preocupó Doris que, como sus primos Jerry, Wallace y Alexander, era pelirroja y tenía el rostro pecoso.

—Sí, sí... —masculló el viejo Mark, entre dientes—. Pero pasen a la biblioteca. Allí serán informados de todo.

—Pero ¿qué sucede? —Preguntó Jerry, el más joven—. Nos está asustando, Mark.

—Pasen a la biblioteca —repuso el mayordomo—. En seguida aviso al señor... Por favor...

Cruzó el amplísimo vestíbulo y, anticipándose a ellos, les encendió la luz de la estancia, a uno de cuyos extremos había una espléndida chimenea de mármol, que otros años estaba encendida, ofreciendo el grato crepitar de sus llamas. Este año, no; permanecía apagada.

—¡Qué frío hace aquí! —comentó Wallace, frotándose las manos, para calentárselas.

—La chimenea está apagada —añadió Alexander.

—Debe sucederle algo a tío Jess —opinó Deborah, la única de todos ellos que no era pelirroja, ni pecosa. Era, por el contrario, una muchacha de cabellos negros, ojos oscuros y cutis precioso.

—Mark ha dicho —recordó Jerry—que tío Jess vendría en seguida... Siendo así, es que no le pasa nada...

—Sí, claro —admitió Wallace.

De pronto, los cinco quedaron con la mirada fija, clavada, en la escalera. Desde allí, puesto que la puerta de la biblioteca había quedado abierta, podían ver perfectamente aquella zona de la casa.

Tío Jess bajaba...

Pero se esperaban el tío Jess de siempre, y la sorpresa que recibían no resultaba, verdaderamente, muy agradable.

Tío Jess iba escayolado. Desde el cuello hasta más abajo de las caderas, incluidos los brazos. Parecía poco menos que una auténtica momia.

—¡Tío Jess!

El andar de tío Jess, como es lógico, era lento y pesado. No en vano apenas

podía con el peso que llevaba sobre sus pobres miembros.

—¡Tío Jess!

Tardó poco en explicarles que había sufrido un accidente de coche. Había salvado la vida, por puro milagro. Les pidió disculpas, por no haberles notificado el hecho.

—¿Para qué iba a preocuparos...? —inquirió.

Tampoco había de tardar en hacerles saber:

—Y lo mío, desgraciadamente, es lo de menos...

—¿Qué quieres decir? —preguntó Jerry.

—¿Qué quieres decir...? —repitió Alexander.

—No te he comprendido, tío —subrayó Wallace.

—Por favor... —se impacientó Doris.

—Arlene iba conmigo —dijo tío Jess—, y las peores consecuencias han sido para ella. Está arriba... —indicó hacia el piso—. Me ha rogado que os salude en su nombre.

—Pero ¿qué le ha sucedido? —quiso saber Deborah.

Tío Jess, ahora, había de tardar en responder. Costaba horriblemente decir aquello:

—Se ha quedado paralítica. No volverá a andar nunca más. Arriba la encontraréis, en un sillón de ruedas.

Todos se quedaron de una pieza, sin saber cómo reaccionar. ¡Aquello era tan inesperado, y a la vez tan doloroso! La compadecieron sinceramente. Con diecisiete años, apenas, verse condenada a tan horrible inmovilidad... ¡Ella, que antes era tan alegre, tan vivaz, y estaba tan pletórica de vida!

Pero la piedad que inicialmente todos sintieron por Arlene, pronto quedó anulada. Así que se dieron cuenta de que tío Jess ya sólo estaba pendiente de ella, en todo y por todo.

—Como comprenderéis —había de decirles, poco después—, ahora ya no pienso dejaros lo mío a partes iguales... Todo será para ella, para la pobrecita...

—Sí, claro —dijo Jerry.

—Sí, claro... —repitió Alexander.

—Naturalmente —repuso Wallace.

—Me parece muy bien —asintió Doris.

—Así debe ser —añadió Deborah—. Nos hacemos perfecto cargo. ¡No faltaría más!

Por su parte, Arlene, que desde que estaba paralítica se limitaba a hacer rodar su sillón de ruedas por el piso de la casa, rehuyendo así la escalera, mostraba en su rostro gestos tan desgarradores, tan patéticos, que desde luego partía el alma mirarla. Además, apenas hablaba, y ya no sonreía para nada.

Al día siguiente de llegar Jerry, Wallace, Alexander, Doris y Deborah, tío Jess les reunió en una sala, de muebles antiguos, pero cómodos, que había acondicionado en el primer piso. Allí estaba una mesa de escritorio y el televisor. Se comprendía que era la estancia donde Arlene debía refugiarse

más a menudo. Allí cerca, por lo demás, la muchacha tenía su dormitorio.

—Os he reunido aquí para... —les comunicó tío Jess, tras una pausa en la que intentó, aunque inútilmente, controlar toda su emoción— para... haceros saber que al fin he conseguido... —pero se detuvo.

Ninguno de sus sobrinos, sin embargo, dijo nada, y él se dispuso a proseguir, mientras Arlene, arrebujando mejor la manta que ocultaba sus piernas muertas, hacía un gesto de incierto significado.

—Para haceros saber —volvió a decir tío Jess—, puesto que tan comprensivos os habéis mostrado, respecto a mis intenciones de dejárselo todo a Arlene, que al fin he conseguido dar con... con... —se detuvo de nuevo.

Pero esta vez, el libro que buscaba, de alquimia, ciencias ocultas, magia, transmutaciones, estaba en el pensamiento de todos.

Por ello no resultó de extrañar que uno de ellos, Jerry, preguntara con cierta curiosidad:

—¿Con el libro...?

—¡Exactamente! —Exclamó tío Jess, con énfasis—. Y no sólo eso, sino que 1o he leído, y ahora poseo ya el secreto de...

—¿De conseguir el elixir de la eterna juventud? —bromeó un poco Wallace.

—Sólo he podido entender una parte del libro... Para el resto —reconoció — no estoy preparado, me faltan conocimientos... Pero con lo que ahora ya sé, me basta... No, de momento, no pido más...

—Nos tienes sobre ascuas —dijo Doris, queriendo a su vez bromear; pero ella, como su primo Wallace, sin lograrlo del todo.

—Sobre auténticas ascuas —repuso Alexander.

—¡Puedo conseguir oro, todo el que quiera! —gritó, de pronto, tío Jess—. Puedo conseguirlo hasta convertirme en el hombre más rico de la tierra... —y se echó a reír a carcajadas, como un loco.

Temieron que, en efecto, hubiera perdido la razón. Pero tío Jess, sin duda adivinando sus pensamientos, y, en consecuencia, sus recelos, volvió a exclamar:

—¡Nunca he estado tan cuerdo! ¿Queréis que os lo demuestre...? —Y volviéndose hacia Arlene, la sobrina paralítica—: Enséñales lo que he conseguido... Son buenos, y sobradamente comprenden que todo va a ser para ti... Sí, podemos fiarnos de ellos... Enséñales...

Arlene impulsó un sillón de ruedas hacia la mesa del escritorio, donde, bajo un paño, había algo...

Quitado el paño, lo que había apareció a los ojos de todos ellos. ¡Era oro! ¡Trozos de todos los tamaños!

Unos grandes, otros no tanto, pero todos relucientes, esplendorosos... Sí, oro puro. No cabía dudarlo.

Pero Doris dudó. Deborah, también. Otro tanto hizo Wallace. Asimismo Alexander. Pero no así Jerry, tras acercarse al oro y examinarlo durante un par de minutos.

Jerry era joyero, y conocía al dedillo su profesión Para él no había secretos en tal sentido. De eso que los cuatro primos, claro está, terminaran por permanecer atentos, expectantes, a la espera de su sentencia.

—Sí, es oro. De veinticuatro quilates — y alzando la mirada—, Pero ¿cómo lo has conseguido, tío Jess?

—Ha sido fácil, fácil... —el entusiasmo se desbordaba por sus pupilas—. La fórmula es sencilla... Pese a eso, ¡es el más grande prodigio de la química, al servicio de la más maravillosa e increíble de las transmutaciones!

—No es posible... —musitó Wallace, que a su vez se acercó y cogió el oro entre sus manos.

—No, no puede ser —dijo asimismo Doris, que seguidamente también cogió el oro entre las suyas.

—Si no lo veo, no lo creo... —añadió Alexander.

Deborah se limitó a quedar donde estaba. No le gustaban nada las miradas de envidia, de avidez, de insana avaricia, que veía brillar en aquellos ojos, que parecían no poder separarse del reluciente oro.

—¿Y en el libro está la fórmula...? —preguntó Jerry, tras una pausa que se había hecho espesa, compacta, como la niebla que siempre rodeaba House-Worley.

—¡Sí, está la fórmula en ese libro! —exclamó tío Jess, con más viveza, con más vehemencia, con más énfasis que nunca. Luego dijo—: El libro lo he escondido en una caja de hierro... Y por el otro lado, he escondido la llave... Tengo que ir con cuidado para que no me lo roben... Si alguien llegara a enterarse... No todos son buenos como vosotros...

* * *

Aquella noche, Arlene dirigió su sillón de ruedas hacia el laboratorio de tío Jess. Sabía que le encontraría allí, dispuesto a ver los resultados de la segunda operación.

El laboratorio estaba al otro lado de la enorme casa; en el ala derecha. Había que recorrer muchos pasillos y cruzar muchas puertas, para llegar hasta allí. Pero Arlene se sabía el camino de memoria, y lo hacía con facilidad; apenas le costaba.

Cuando llegó, encontró a tío Jess de pie, mirando el cielo nublado, oscuro, sin estrellas, que se veía a través de la claraboya que se abría en el techo. Una claraboya que solía permanecer abierta para que los olores provocados por las composiciones químicas no se notaran tanto.

—Te estaba esperando, querida Arlene. Sabes que no puedo mover los brazos, apenas un poco las manos y que te necesito para abrir el recipiente...

—Aquí estoy, tío Jess. —Y con cierto temor—: ¿No habrá fallado, en esta ocasión...?

—¡Imposible! ¡Imposible! Todo saldrá bien esta vez, y la próxima, y siempre... —su euforia era tan grande, que se sentía como borracho—. ¡Y

llegarás a ser la mujer más rica que haya existido nunca! ¡No habrá capricho que no esté al alcance tuyo!... Todos te reverenciarán como a una reina... Más aún, será maravilloso...

—Pero mis piernas... —musitó Arlene, dolorosamente.

—Incluso tus piernas volverán a moverse, estoy seguro —exclamó—. ¡Cuando puedas ofrecer una auténtica fortuna al cirujano que te cure, todos se romperán los sesos, buscando tu salvación! ¿Es que no lo comprendes, Arlene? Con el oro, lo conseguirás todo... ¡Todo! El mundo quedará rendido a tus pies...

—Miremos si ha salido bien, esta vez —dijo Arlene—. Casi no termino de creérmelo...

—Abre el recipiente. Despacio, como la otra vez. Que el aire entre poco a poco...

—Sí, tío.

Se acercó al recipiente, que durante días y días había permanecido herméticamente cerrado, tras haber sufrido operaciones sorprendentes, insólitas, extrañas, casi alucinantes. Era el momento de abrirlo.

Y cuando Arlene lo hizo, el fondo del recipiente apareció nuevamente lleno de oro... ¡Sí, y aún había más oro que en la otra ocasión! Ahora era una cantidad enorme, impresionante...

—¡Oro! ¡Oro! —se puso a gritar tío Jess.

—¡Oro! ¡Oro! —gritó también Arlene, ella removiéndolo, jubilosa, entre sus manos.

Pero, de pronto, un nuevo grito salió de la garganta de la muchacha.

Esta vez no era de exaltación, ni de frenesí, ni de nada parecido. ¡Era de horror!

Acababa de ver cómo una soga descendía por el hueco de la claraboya. Una soga que iba directamente hacia el cuello de tío Jess.

—¡Cuidado, tío...!

Llegó tarde su exclamación. Tío Jess sentía ya la soga alrededor de su cuello.

Después, de súbito, ésta se alzó, y el cuerpo de tío Jess y todos los kilos que llevaba encima de escayola, quedaron suspendidos en el aire. Como no pudo alzar los brazos para protegerse de la presión de la cuerda, y como por lo demás la acción resultó tan rápida y tan violenta, la muerte le sobrevino casi al instante.

Arlene se había quedado horrorizada, espantada, clavada en su sillón de ruedas, sin poder hacer nada por su tío.

Pero quedó realmente inundada de espanto, al ver que otra soga bajaba a través de la claraboya. Una nueva soga, que indudablemente la buscaba a ella.

Por eso, al ver que la cuerda bailoteaba por aquel lado, ella movió las ruedas del sillón hacia el opuesto.

Pero la soga, bien guiada, la persiguió de nuevo.

Ella volvió a escaparse, pero sin poder alcanzar la puerta, lo que hubiera

significado su salvación.

De aquí para allá, aquel juego macabro duró unos cuatro minutos. Minutos alucinantes, enloquecedores. Ella no acertaba a huir del todo, y gemía, jadeaba, y desorbitaba los ojos. Las manos le sudaban tanto, que le resbalaban sobre las ruedas del sillón.

Su enemigo, implacable, la asediaba con inteligente intuición. Una intuición a la que ella, evidentemente, favorecía con sus gemidos, y con sus jadeos. Su enemigo la asediaba, asimismo, con increíble saña.

Finalmente, la soga le alcanzó el cuello y se ciñó en torno a su yugular.

Arlene chilló de nuevo, esta vez dando una sacudida tan violenta que estuvo a punto de volcar el sillón de ruedas.

Se llevó las manos a la cuerda, desesperadamente, queriendo aflojársela pero la soga se alzó, de pronto, y ella también quedó allí colgando, junto a tío Jess.

Poco después, se balanceaban sus piernas sin vida, como asimismo sin vida se balanceaba su cuerpo.

CAPITULO II

Roddy Hunter acababa de llevarse una chica a su cama.

Así que fue lógico que le partiera por la mitad aquella llamada al teléfono. Una llamada que parecía no querer parar.

—Deja que suene... —dijo la rubia de tumo.

Pero la llamada no se detenía, por lo que Roddy Hunter, que era un hombre que tenía la costumbre de anteponer a todo su profesión, terminó yendo hacia el teléfono, descolgándolo.

—¿Se puede saber quién llama? —inquirió, sin muchas contemplaciones. Sin ninguna.

Una voz de mujer se dejó oír al otro lado del hilo:

—¿El detective Hunter...?

—¡Sí, yo soy! —barbotó.

—Necesito hablar con usted —dijo la voz femenina—. Le llamo desde la cabina que hay en la calle, frente a su apartamento.

—Tengo abierta mi oficina todos los días, menos los festivos —dijo Roddy Hunter—. Atiendo a mi clientela de nueve a dos y de cuatro a ocho. Elija la hora que mejor le vaya.

—Tengo que hablar con usted... ahora mismo —insistió la voz de mujer—. Es cuestión de vida o muerte. Por eso me he permitido llamarle... Ya sé que está con una chica... Lo lamento de veras, pero como eso puede esperar...

—¡Si «eso» puede esperar o no, he de ser yo quién lo diga, no usted! —exclamó, poco menos que indignado. Pero le pareció que la mujer estaba angustiada, y cambió de tono. No era tan ogro como parecía—-. Bueno, suba cuando quiera. La recibiré.

—Muchísimas gracias.

Por la puerta del dormitorio, asomó la silueta turbadora de la rubia de turno.

—¿Vienes o no...?

—¡No! —Y añadió, sin andarse por las ramas—: Vístete y vete. Ya nos veremos otro día.

—¡Eh, tú! ¿Quién te has creído que soy yo? —protestó—. A mí no se me coge y se me deja así.

—Perdona, pero tengo trabajo. Un caso urgente —le explicó— que, desgraciadamente, no puedo postergar. Sé comprensiva, preciosa.

—Bueno —y se encogió de hombros.

Apenas habían transcurrido un par de minutos, cuando sonó el timbre de la puerta. Roddy Hunter se dirigió hacia allí, con cara de muy pocos amigos.

Abrió.

Y si no se le escapó un silbido de admiración, fue por puro milagro. En lugar de la señora vieja, o simplemente mayor que se esperaba, tenía ante sí a una muchacha que era una auténtica monada. Cabellos negros, ojos oscuros,

un cutis precioso.

—Soy yo quien le ha llamado desde la cabina —dijo ella, a guisa de información.

—Pase —y a Roddy Hunter no le costó dedicarle una sonrisa.

Tampoco a ella le costó dedicarle una larga mirada, sumamente analítica y evidentemente aprobativa. ¡Vaya tipo!

—Siéntese.

Lo hizo en el silloncito que le había indicado, cerca del tocadiscos y del televisor, y allí se quedó en una postura indudablemente cuidadosa. El hubiera preferido que pusiera una pierna sobre la otra. Llevaba una falda bastante corta, así que el panorama hubiera valido la pena. El entendía de esas cosas.

—Bueno, aquí me tiene, dispuesto a escucharla. A estas horas, no suelo trabajar, pero haciendo una excepción por usted...

—Se lo agradezco muchísimo. Para ir a su oficina, hubiera tenido que esperar a mañana, y la verdad es que me urgía verle. Espero que se haga cargo.

—De acuerdo. Diga de qué se trata.

En aquel momento, salió la rubia de turno del dormitorio, pasando frente a ellos, tan campante. Se dirigió hacia la puerta, contoneándose.

—Ciao —saludó.

Así que la puerta se hubo cerrado tras ella, Roddy Hunter dijo, luego de carraspear un poquito:

—Mi secretaria —y sentándose en el otro silloncito del tresillo—. Veamos qué cuestión es ésa, según usted de vida o muerte.

Para que le entendiera mejor, la muchacha empezó por preguntarle si estaba al corriente de lo que, hacía un par de años, había sucedido en la localidad de Pittersson, en House-Worley. Los periódicos habían hablado bastante del caso.

Roddy Hunter respondió que había leído algo.

—Yo soy Deborah Worley —dijo ella, tras respirar entrecortadamente y demostrar que el oxígeno no iba muy sobrado en sus pulmones.

Hecho del queden seguida se percató el joven y atlético detective, ofreciéndole:

—¿Quiere tomar algo? Yo le sugiero un poco de brandy. Parece estar necesitándolo.

—No, no... bueno, sí, gracias... —aceptó—. La verdad es que estoy muy asustada.

—Se le nota en la cara.

—Supongo que sí.

Se levantó y se dirigió hacia el mueble bar. Sirvió una copa, que le ofreció gentilmente. Luego le dijo:

—Así que se la haya bebido, puede empezar...

Empezó por explicarle lo sucedido haría un par de años. Era necesario, esto lo primero, que lo supiera todo, que no ignorara nada. Sólo así podría

llegar a hacerse cargo de la situación.

—Sencillamente horrible... Sí, en efecto... —dijo cuando Deborah hizo un punto y aparte.

—No se descubrió al asesino... —dijo la muchacha—. Lo que resulta doblemente angustioso y sobrecogedor, teniendo en cuenta que ahora viene la segunda parte...

—Sí, claro —asintió Roddy Hunter.

Era lógico suponerlo así. Por algo estaba allí la muchacha, esperando, evidentemente, contratar sus servicios.

Pero quedaban algunos pormenores por aclarar, y Roddy Hunter prefirió hacerlo cuanto antes. Luego, ya vendría esa segunda parte, que tan «sustanciosa» se presentaba.

—Repasemos lo expuesto, antes de seguir adelante, ¿le parece, señorita Worley? —sugirió.

—Lo que usted diga —asintió ella.

—La noche que su tío Jess y su prima Arlene fueron asesinados, usted estaba en su dormitorio, profundamente dormida, ¿no es eso lo que me ha dicho? No oyó nada.

—No.

—De sus primos Jerry, Wallace, Alexander y Doris, puede decirse otro tanto. Cada uno se hallaba en su respectivo dormitorio. Tampoco oyeron nada.

—No —volvió a decir.

—En cuando a Mark y Cornelia, los sirvientes, exactamente igual. La misma versión ha valido a todos.

—Sí —hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Los cadáveres de ambos, suspendidos por aquellas dos sogas, fueron descubiertos al día siguiente por Mark, el viejo mayordomo de la casa.

—Por Mark, el mayordomo, efectivamente, y por Cornelia —concretó Deborah en esta ocasión.

—¡Ah, sí! Cornelia, la criada. Una mujer de unos cincuenta años, poco favorecida físicamente, siempre muy fiel a su señor, su tío Jess.

—Eso mismo.

—Bien, hasta aquí todo está claro... Hasta donde —puntualizó— puede estarlo un asunto así... Prosigamos. Una vez muerto su tío Jess, ¿a quién fue a parar su dinero...? No ha tocado usted este pormenor, señorita Worley, y es de vital importancia.

—Supongo que sí.

—Pues adelante.

—Mi tío Jess legó House-Worley a Mark, el mayordomo, y mil libras a Cornelia, la criada. El resto a partes iguales entre sus sobrinos.

—¿A cuánto les tocó?

—A unas quinientas libras.

—No es mucho.

—Francamente, esperábamos muchísimo más. Le creíamos mucho más rico. Pero luego nos repartimos el oro y, una vez vendido éste, nos tocó a siete mil libras a cada uno.

—Con lo que acaba de decirme —repuso Roddy Hunter, haciendo chasquear su lengua—, sacó la conclusión de que el oro era de ley, auténtico.

—De veinticuatro quilates. Tal como lo aseveró mi primo Jerry, que es joyero.

—Bien, bien... —se quedó pensativo unos instantes, para luego preguntar, casi de pronto—: ¿Encontraron la caja de hierro donde, según su tío Jess, había escondido el libro de alquimia, ciencias ocultas, magia, transmutaciones, etc., etc...? ¿Encontraron la llave que la abría...?

—No —esta vez la muchacha movió la cabeza en sentido negativo—, no dimos con la caja, ni con la llave. Pero, indudablemente, alguien, antes que nosotros, los sobrinos, estuvo buscando a la desesperada... De ello, sin duda, el desorden en que fue hallado el laboratorio, el dormitorio de tío Jess y asimismo el de nuestra prima Arlene.

—¿Deduce, acaso, que alguien se les anticipó, saliéndose con la suya? —quiso saber.

—Alguien se nos anticipó, por descontado. Pero ignoro si se salió o no con la suya. Yo opino que no...

—¿Por qué opina eso?

—Si alguien, quien fuera, hubiera dado con lo que buscaba, indudablemente el asunto hubiera ya concluido. De una manera total y definitiva. Pero no, el asunto no está concluido... Estoy segura de que es así... Por eso le decía antes, plenamente convencida, que ahora viene la segunda parte...

—Bueno, hablemos ya de esa segunda parte. Le ha tocado su tumo.

* * *

Antes de decidirse a hablar, Deborah miró su copa de brandy, que estaba vacía. Pareció lamentar que así fuera, de ello sin duda que Roddy Hunter le preguntara:

—¿Le sirvo otra?

—Gracias, pero prefiero que no... No estoy acostumbrada a beber, y prefiero mantener la cabeza fresca.

—A su gusto.

—Acabo de recibir una carta... —levantó la mirada hacia el detective. Una mirada en la que aleteaba el miedo—. Mark, el viejo mayordomo, me ruega que vaya a pasar unos días a House-Worley. Por lo visto, idéntica carta han recibido mis primos.

—En esa carta, ¿se refiere al hecho que motiva tal invitación? Presumo que sí.

—Dice que debe hablarnos de algo relacionado con la herencia del tío Jess.

No puntualiza más.

—Prosiga —dijo Roddy Hunter,

—Esto es todo. ¿Le parece poco? —Y con los nervios a flor de piel—: La sola idea de volver a House- Worley me pone los pelos de punta.

—Pues no vaya. —Y mirándola escrutadoramente—: Sería una buena solución, ¿no le parece?

—Se dice fácil... —y quiso respirar hondo, pero quedándose realmente a medias.

—¿Qué pero hay? —inquirió.

—Mi prometido.

—¿Qué pasa con su prometido?

—Quiere que vaya. Dice que, como heredera de tío Jess, quizá me corresponda más de lo recibido hasta ahora y... En fin, que se empeña en que acuda a la cita.

—Y está decidida a acudir, claro...

—Sí, ha terminado de convencerme mi prima Doris, y mis primos Jerry, Alexander y Wallace. Los cuatro están muy ilusionados. Dicen que quizá nos espera una buena noticia.

—¿Respecto a qué...? ¿Han detallado...?

—No, no. Pero mis primos siempre piensan en lo mismo, en aquel oro...

—Bueno, dígame ahora, exactamente, señorita Worley, en qué puedo yo servirla.

—Así que entre en House-Worley, me pondré a temblar de miedo, de pies a cabeza, lo sé —reconoció, tras una corta pausa—. El único modo de soportar aquello sería que usted, señor Hunter, permaneciera cerca de mí, dispuesto a ayudarme, si la ocasión se terciara, ¿comprende?

—Perfectamente.

—En conclusión, pues, yo sólo le pido eso, que durante el tiempo qué permanezca en aquella maldita casa, usted me proteja. Le pagaré lo que me pida.

—Me parece un precio razonable.

—Entonces, ¿de acuerdo?

—Sí —pero antes de dar el tema por zanjado, detalló—: Debo hacerle una nueva pregunta.

—Hágamela.

—¿Su prometido es celoso? —y esta vez Roddy Hunter sonrió.

—No mucho —dijo Deborah, un poco sorprendida de aquella sonrisa de conquistador del nuevo mundo.

—¡Estupendo! —exclamó él—. La invito a cenar...

—No, no... —se negó ella, pero le miró de arriba abajo, y le tentó el plan.

En realidad, su novio nunca le había gustado demasiado. Era un novio de ésos que, sin saber por qué, no terminan de convencer del todo.

—¡No acepto negativas! —Aseguró Roddy Hunter—. Usted viene esta noche a cenar conmigo.

Y Deborah pensó que era de puro tonto seguir diciendo que no. Así que accedió:

—Bueno —y le devolvió la sonrisa.

CAPITULO III

Ante ella se hallaba House-Worley. Ya sólo faltaba llamar a la puerta y esperar a que le abrieran.

Su novio, James Hamil, un hombre sin nada de particular en ningún sentido, tampoco físicamente, acababa de decirle:

—Estaré en la fonda. Llámame por teléfono, así que hayas averiguado algo. Como comprenderás, estaré impaciente.

—De acuerdo, ya te llamaré —le había respondido la muchacha.

Pero no se decidía a llamar a la puerta. Roddy Hunter le había enviado una nota, de eso no hacía aún ni dos horas. Le aseguraba que todo lo había organizado perfectamente, y que no debía temer nada. Permanecería muy cerca de ella en todo momento, dispuesto a intervenir, al menor conato de riesgo.

Deborah dedujo que, quizá, Roddy Hunter estaría en la posada de la pequeña localidad, hacia donde acababa de dirigirse su novio. Era lo más lógico, lo más presumible.

Ese pensamiento, sin embargo, no le tranquilizó. Una cosa era estar en la posada, y otra en House-Worley, en lo alto de la árida e inhóspita colina. De sucederle algo, ¿cómo iba a llegar a tiempo...? Se le atragantó la saliva.

En fin, valía más que se decidiera, de una vez, a llamar. Los malos tragos, pronto.

Hizo sonar el picaporte.

Al poco, la puerta le era abierta por el nuevo mayordomo de la casa. De la sorpresa, casi dio un traspié. ¡Si aquél era Roddy Hunter, el detective que ella había, contratado!

—Buenos días —el saludo de él fue sumamente respetuoso, tal como lo exigían las circunstancias, pues el viejo Mark, el ex mayordomo, estaba allí mismo.

Deborah respondió brevemente al saludo, y pasó de largo como si tal cosa.

—¿Qué tal, Mark? —saludó seguidamente—. He recibido su carta. Dése cuenta, no me he hecho de rogar. Aquí me tiene.

—Doris, Jerry, Wallace y Alexander ya han llegado. Están en la biblioteca. Pase usted también allí. En seguida me reúno con todos.

Antes de dirigirse hacia la estancia aludida, la muchacha echó uno mirada a Roddy Hunter, que desde luego permanecía impertérrito. Parecía como si en toda su vida no hubiera hecho otra cosa que ser mayordomo.

—Sirve algo a los señores —oyó, poco después, que le decía Mark.

—Sí, señor. Ahora mismo.

Al viejo Mark no le importó empezar a hablar del tema, mientras el nuevo sirviente trajinaba en el mueble bar, y ofrecía a cada uno la bebida que más le apetecía.

—Como sin duda habrán adivinado, se trata del libro... Del libro que mi

amo, el señor Worley, encerró en una caja de hierro...

—Algo así me presumía —dijo Jerry, que había dado un verdadero bote en el asiento que ocupaba.

—Yo también pensaba en algo así —confesó Doris, muy nerviosa.

—Y yo... —añadió Alexander.

—Sí, claro —asintió Wallace—, algo así nos estábamos imaginando todos...

Deborah no dijo nada. Permaneció silenciosa, mientras sentía que un escalofrío le subía y le bajaba por el espinazo.

—He dado casualmente con la caja de hierro —dijo el viejo Mark— y con el libro, en su interior... No, no lo he tocado siquiera... Antes —añadió— había dado con la llave... De lo contrario, claro, no hubiera podido abrir la caja de hierro...

Jerry no pudo decir nada. El corazón se le había ido a la garganta, presionándole como si de un dogal se tratara.

Wallace también quedó mudo. A él le castañeteaban los dientes unos contra los otros, ruidosamente.

Doris se puso a temblar, lo mismo que si le hubieran metido, de pronto, en una nevera.

Alexander crispó el rostro.

Deborah fue la única que consiguió dominarse. Por lo menos, hasta cierto punto.

Roddy Hunter seguía sirviendo, como si tal cosa. Daba la sensación de no haber oído nada.

Pero, naturalmente, estaba dispuesto a oírlo todo. Dispuesto a no dejarse escapar ni una sola palabra. Sin embargo, lo que oiría sería tras la puerta, agudizando el oído. No iban a darle opción a otra cosa.

El viejo Mark se dirigió a él:

—Puede retirarse, Roddy.

—Sí, señor.

—Cierre cuando salga.

—Sí, señor.

Ya a solas, el viejo Mark continuó:

—Como, a excepción de esta casa, y de las mil libras concedidas a Cornelia, el testamento de mi señor lo cedía todo a sus sobrinos, a partes iguales, me he creído en el deber de llamarles...

—Su honradez no puede ser más acrisolada —dijo Jerry, consiguiendo dominar un poco lo desbocado de su corazón.

—Le quedamos muy agradecidos —añadió Wallace, conteniendo el castañeteo de sus dientes.

—Le compensaremos debidamente —repuso Doris, que había conseguido dejar de temblar.

—Por descontado que sí... —añadió Alexander.

Deborah tampoco dijo nada, en esta ocasión.

—Pero ha surgido un grave inconveniente —siguió diciendo el viejo Mark, y bajaba la mirada, medio avergonzado—: Bien quisiera yo que no fuera así... Lo lamento de veras, pueden bien creerme...

—¿Qué ha sucedido? —Wallace estaba ahora sudando a chorros.

—¿Qué ha pasado? —y Jerry sudaba también, a borbotones.

—Díganos lo que sea —Doris, para no ser menos, estaba mojada, de pies a cabeza. Igual que si la hubieran sacado de la nevera y acabaran de meterla en una ducha.

—Hable —le apremió Alexander.

—Supongo que ya saben —prosiguió el viejo Mark— que padezco cierta clase de amnesia... Se me olvidan las cosas... De pronto, cuando menos lo espero... De esto hace ya años...

—Sí, lo sabemos —dijo Jerry que, en efecto, había oído hablar muchas veces a tío Jess de la amnesia de su sirviente.

—Sí, sí, lo sabemos —asintió Wallace.

—Continúe —repuso Doris.

—Pues bien, ahora ya no recuerdo dónde encontré la caja de hierro —al antiguo sirviente se le veía apenado, contrito—: Creía que era en el sótano donde la vi... Pero no, la caja de hierro no está, ahora, allí... Sin embargo, tiene que estar en esta casa, pues de aquí no he salido, estos últimos meses... Había pensado —opinó— que ustedes podrían buscarla... No lardarían en dar con ella. Seguro que no.

Antes de que los sobrinos dijeran nada, el viejo Mark había de continuar:

—Pero, desgraciadamente, ha surgido también otro inconveniente...

Jerry sentía ahora la boca llena de saliva.

Otro tanto, Wallace y Alexander.

Doris, igual.

—Y es que... —se detuvo un instante, sólo un instante— que... la llave con la que abrí la caja de hierro, la metí en un cajón, para no perderla... Pero dio la lamentable casualidad de que allí habían cuatro llaves más... Así que, ahora, no sé tampoco cuál de ellas es la de la caja de hierro... Como tampoco sé a qué cerraduras corresponden las otras llaves, estoy hecho un verdadero lío...

Una nueva pausa.

—Miren, había pensado que lo mejor que yo puedo hacer, puesto que son cinco las llaves que ahora tengo en mi poder, es entregar una llave a cada uno de ustedes. Seguro, pues, que les entrego la buena... Después, ustedes se las arreglan... De común acuerdo, disponen lo que crean más conveniente...

Acto seguido, el viejo Mark sacó a la vista de ellos las cinco llaves, haciendo lo dicho. Haciéndolo sin que ninguno de los presentes tuviera valor para rechazar la llave que el ex sirviente les entregaba.

—He cumplido con mi obligación, ¿no les parece? Lamento sinceramente lo de mi amnesia, y los trastornos que ello les va a ocasionar, pero desgraciadamente...

—No se preocupe —dijo Deborah—, y gracias por todo.

Cuando Mark se hubo ya retirado, dejándoles solos, sin duda para que pudieran dilucidar mejor sobre el caso, Deborah añadió:

—Unamos las llaves. Lo que hayamos de encontrar, que sea de todos.

—¡No! —Jerry se negó a entregar la suya, aferrándola entre sus manos.

—¡No! —negó asimismo Wallace, que quería solo para él la llave que un presentimiento le decía que era la buena.

—¡No! —exclamó a su vez Doris, que quería ser la única dueña de aquel libro que podía convertirla en la mujer más rica de la tierra.

—¡No! —exclamó también Alexander.

—Esto es un disparate —observó Deborah.

—Quedémonos en esta casa —repuso Wallace, y su voz temblaba de loca ambición— y busquemos la caja de hierro. Una vez hallada, que cada uno pruebe si su llave la abre... Que sea el más afortunado el que más se lo merezca, ¿qué os parece?

—Si es por eso, no nos lo vamos a merecer ninguno —subrayó Deborah.

—A mí me parece bien. Tenemos derecho a formular nuestras propias clausulas —repuso Jerry—. Y a aceptarlas... Sin que luego nos quede nada que objetar.

—Yo también estoy de acuerdo —dijo Doris.

—Y yo —añadió Alexander.

—Yo también, ya lo he dicho —apuntilló Wallace.

—Por mayoría, ganamos —observó Jerry, mirando a Deborah—. Lo lamento por ti, primita...

* * *

Pero había de ser él, Jerry, quien había de lamentarlo. Aunque de otra forma, de otra manera. De la manera y forma más espeluznante y pavorosa que pudiera imaginarse.

Sin embargo, eso había de suceder horas después. Más allá de la media noche.

De momento, estaban cenando. Una cena sencillamente exquisita, por la que Cornelia, la criada, fue requerida y felicitada.

—Son ustedes muy amables... —dijo la mujer, con una sumisa inclinación de cabeza.

Y se dispuso a retirarse. No sin que antes Roddy Hunter creyera ver en su mirada una mal contenida animosidad.

Poco después, los sobrinos de Jess Worley estaban ya camino de las habitaciones que les habían sido destinadas. El nuevo mayordomo acompañó a' Deborah hasta la suya, mientras aprovechaba la ocasión para decirle, con la máxima discreción:

—Como verá, más cerca de usted no puedo estar.

—Ha sido una gratísima sorpresa —reconoció ella—. ¿Cómo se las ha arreglado?

—Ha sido sencillo. Apenas he llegado aquí, a Pittersson, me he enterado de que en House-Worley buscaban mayordomo. Sólo por un par o tres de semanas, en honor de los futuros huéspedes. Por tratarse de pocos días, estaban dispuestos a pagar bien. Imagínese; he venido hasta aquí en poco menos de media docena de zancadas.

—Ha habido suerte.

—Sí, efectivamente —y viendo que Doris subía tras ellos, alzó la voz—. Si algo necesita, señorita Worley, ya lo sabe, quedo enteramente a su disposición. Y a la suya... —ahora se volvió hacia Doris—. Les basta mandar. Obedecer será un placer.

House-Worley era una casa decorada de un modo algo excéntrico. Pero aquel excentricismo venía de antiguo, de muchísimos años atrás, por lo que en el fondo tenía, o parecía tener, cierta categoría. Una categoría a la que, sin embargo, ya no contribuían los muebles. Estos, hacía tiempo que necesitaban ser reemplazados. En conclusión, allí dentro, todo, o casi todo, al menos, resultaba poco acogedor, pero sobre todo, algo desconcertante.

Empezando por los extraños cuadros que pendían de las paredes, siguiendo por los insólitos adornos que se veían por las esquinas, y concluyendo, esto ante todo, por aquella ya ruinosa y desvencijada estatua de Hércules, al término del primer tramo de la escalera...

Un Hércules, de tamaño más o menos normal, que alzaba su musculoso brazo agarrando fuerte su clásica ferrada... Es decir, su maza armada de hierro...

Fue en aquel preciso momento, mientras se despedía respetuosamente de las muchachas, cuando Roddy Hunter reparó en la ferrada.

No, no estaba colocada exactamente como la había visto la primera vez. Lo hubiera jurado. Ahora se hallaba movida. Como si alguien la hubiera desprendido momentáneamente de la mano de Hércules...

CAPITULO IV

Era ya todo silencio en la enorme casa, y Jerry pensó que el momento podía ser bueno para buscar la caja de hierro. Prefería hacerlo a solas, sin que nadie le fuera pisando los talones.

Antes de salir de su dormitorio, sin embargo, optó por abrir la ventana y respirar un poco el aire de la noche.

Pero el aire era desapacible, cargado de densa y pegajosa niebla, y al respirar sólo consiguió que aquella humedad se le incrustara en los pulmones y le hiciera toser durante largo rato.

No obstante, la tos terminó cediendo, y entonces se decidió a salir de su dormitorio. Empezaría buscando por el desván. Parecía sensato suponer que la caja de hierro pudiera estar por allí.

Pero así que pisó el pasillo, y se encaminó escaleras arriba, sintió, de pronto, que un miedo atroz le cosquilleaba el cuerpo, y que un pavor sin límites le entraba por los poros y que un alucinante pánico se desbordaba, finalmente, dentro de él.

Echó a correr.

Pudo hacerlo hacia su dormitorio y cerrar con llave, al llegar allí dentro.

Pero cuando un sexto sentido le dijo que estaba en peligro de muerte, pues la muerte estaba muy cerca de él, escondida, agazapada, decidida a acabar con su existencia, iba hacia arriba... Así que corrió hacia arriba. Corrió en medio de repetidos y angustiados traspiés.

Sin embargo, nadie le había seguido, a pesar de su sobrecogedora sensación...

Pudo percatarse de ello, al llegar y mirar hacia abajo.

Claro que estaba muy oscuro, y podía equivocarse. Pero no, allí no había nadie más que él y aquel miedo incontrolado que, de súbito, se había convertido en auténtico pánico.

Abrió la puerta del desván y entró. Alzó la mano para darle al interruptor de la luz.

La bombilla se encendió, pero estaba entre polvo y telarañas, y resultó débil, opaca, así que no iluminó mucho.. De todos modos, sería suficiente. Le bastaría para ver de encontrar lo que buscaba.

Allí, en el desván, que era amplísimo, había infinidad de muebles viejos, de adornos rotos o incompletos, trastos, de todo podía encontrarse. Pero, al menos a la primera ojeada, no vio ninguna caja de hierro.

Pero sí vio, instantes después, reflejado en el sucio, polvoriento y velado espejo de un armario, a la persona que, por lo visto, acababa de entrar allí, sin hacer ruido.

Se acercaba cautelosamente a él, por la espalda, llevando en la mano una maza armada de hierro...

Reconoció esa maza. Era la ferrada del Hércules que estaba en la escalera,

al término del primer tramo.

Comprendió que su vida estaba pendiente de un hilo. Ni a eso, quizá, llegara la cosa. Tenía que girarse y defenderse desesperadamente... Era su única esperanza.

Pero volverse le costó cuatro segundos. Exactamente cuatro. Demasiados. La ferrada había caído ya brutalmente sobre su cabeza, incrustándole sus hierros en el cerebro...

Jerry gritó con todas sus fuerzas. Que no fueron muchas. Fueron pocas. Por el horrible y monstruoso dolor que le embargaba y por el demencial pánico que le agarrotaba.

La maza armada de hierro se propuso descargar un nuevo golpe. Aquella mano asesina no vacilaba. Ni asomo de ello.

—No hagas esto conmigo... —jadeó Jerry, que se había desplomado en el suelo, y desde allí desorbitaba los ojos, entre los que caía en abundancia su propia masa encefálica.

La ferrada se propuso hundirse de nuevo en el cráneo de Jerry, pero éste retrocedió, espeluznantemente asustado, y los hierros dieron de pleno en su rostro. Esta vez, los hierros se hundieron en sus ojos, en su nariz, en su boca. Toda la cara le quedó aplastada, destrozada, inundada de sangre.

—No, no... —Pero su sufrimiento debía ser insoportable, tan monstruoso, que cambió de parecer y dijo—: Sí, sí... Acaba conmigo de una vez...

La maza no se lo hizo repetir. Descargó un nuevo y furibundo golpe en su cráneo, en su cabeza, que esta vez se abrió ya en dos.

Después, el asesino buscó en las ropas de Jerry, en sus bolsillos.

Pronto encontró lo que quería. La llave que el viejo Mark había entregado a Jerry.

—Ya me falta una menos —susurró.

Después, salió del desván y descendió cautelosamente la escalera. Al pasar por el rellano, restituyó la ferrada a Hércules. Antes, la había limpiado.

* * *

Roddy Hunter creyó oír un grito.

No estaba seguro. En todo caso, el grito no había sido muy fuerte. Pero, por si acaso, optó por dejar su cuarto y dirigirse escaleras arriba. Echar una ojeada, no estaría de más.

Le tranquilizó ver que la maza de Hércules seguía en su sitio. La verdad es que, desde que creyó verla movida, desencajada de su sitio, tuvo la corazonada de que el asesino se preparaba a actuar... Una tontería por su parte, sin duda alguna... A veces, se pasaba de listo...

Sus reflexiones no se alargaron ni un segundo más. Acababa de oír una respiración, tenue, contenida, en medio de la oscuridad de la escalera.

Se volvió rápidamente, como una centella. Descargó el puño, fuertemente cerrado, hacia aquella respiración, que no había escapado a su oído finísimo.

Pero descargó el golpe, claro está, a ciegas.

No obstante, dio en el blanco.

La prueba es que oyó un doloroso quejido y, al poco, la persona afectada por su golpe caía rodando por la escalera.

Se precipitó tras ese cuerpo.

No obstante, así que llegó abajo, aquel cuerpo se había puesto ya en pie y había huido. No pudo saber por dónde.

Roddy Hunter volvió a subir la escalera. Llamó a la tercera puerta del pasillo, a la derecha.

—¿Se encuentra bien, señorita Worley? —preguntó.

Le respondió la voz de la pelirroja y pecosa Doris, desde la puerta cuarta, a la derecha de aquel mismo pasillo. Una puerta que acababa de entreabrirse.

—Sí, me encuentro bien. Pero ¿acaso pasa algo, Roddy?

También Deborah acababa de entreabrir su puerta.

—¿Pasa algo...? —inquirió a su vez, ella bastante más inquieta que su prima.

—Me ha parecido oír un grito —respondió el flamante mayordomo—. Sin duda, han sido figuraciones mías. Discúlpenme —iba por ambas.

—Creía que se preocupaba por mí... —dijo Doris, con un mohín de coquetería—. Como yo también soy la señorita Worley... Ya veo que era por Deborah...

—Por las dos —puntualizó Roddy Hunter, con una sonrisa—. No lo ponga en duda. Buenas noches... —y mirando a Deborah, repitió—: Buenas noches.

Doris esperó a que hubiera descendido la escalera, y se hubiera dirigido hacia las dependencias de la servidumbre.

—¿Te has dado cuenta de cómo está este mayordomo, Deborah? —Elevó los ojos al cielo—. Ni en películas, chica...

—Tú siempre estás igual. Te gustan demasiado los hombres —contestó Deborah.

—Los hombres como éste tienen forzosamente que gustar. Oye, nos dijo que quedaba enteramente a nuestra disposición, a la tuya y a la mía... ¿Sabes lo que te digo? —Se rió—, que si no le tomas la palabra tú, voy a tomársela yo... Con ese hombre en la cama, se debe estar muy calentita...

—Bah, cállate. Hasta mañana.

—Adiós, puritana.

Cada cual se metió en su dormitorio.

Parecía que no hubiera sucedido nada.

CAPITULO V

El inspector Cotten acababa de llegar.

Había sido llamado, así que el cadáver de Jerry fue hallado en el desván. Lo encontró Cornelia, la criada. Parecía ser ésa su especialidad, encontrar los cadáveres en aquella casa.

El inspector Cotten se pasó más de dos horas interrogando a unos y a otros. Incluidos los sirvientes, claro está. Interrogatorios, éstos, casi exhaustivos. Que, sin embargo, no le llevaron a ninguna parte. No parecía ser un lince.

Así, al menos, opinó Roddy Hunter, que le vio ir, desde el principio, a la deriva. Ni siquiera llegó a sospechar que el arma homicida pudiera haber sido la ferrada de Hércules, junto a la que, por descontado, pasó al subir y bajar por la escalera de un piso al otro.

Desde luego, ninguno de los presentes ayudó al inspector Cotten, un hombre muy alto, muy delgado, que parecía una caña. Todos dijeron que no tenían ni idea del por qué de aquella muerte. Lo que no era cierto.

Deborah fue la única predispuesta a hablar, a decir la verdad de todo lo sucedido antes y ahora. Pero el propio Roddy Hunter le aconsejó no hacerlo.

—¿Para qué...? Eso del oro es una historia demasiado fantástica... No te creerían... Vale más que adoptes la misma postura que los demás...

Seguidamente, Roddy Hunter fue observando detenidamente a todos los presentes. Sin dejarse ni a las moscas. Un examen sumamente analítico.

Pero él tampoco, por su parte, dijo nada de lo que le había sucedido. Imaginaba que esa reacción desconcertaría al asesino, y eso sería, cuando menos, una pequeña baza a su favor.

Además, si él no pudo ver quién era el asesino, quizá tampoco el asesino sabía quién era la persona que le había descargado aquel fulminante puñetazo.

Poco después de irse el inspector Cotten, llegó el prometido de Deborah. Se había enterado de todo, y estaba allí para dar ánimos a la muchacha.

—Quiero irme. James —le dijo ella, así que se quedaron a solas—. No me veo capaz de seguir aquí.

—Una de las cinco llaves está en tu poder —repuso James Hamil—, acabas de decírmelo... Y quizá la tuya sea la auténtica, la que sirva para abrir la caja de hierro... Lo que en ese caso significaría que fuera tuyo, sólo tuyo, el secreto de ese libro... ¿En estas circunstancias, me hablas de irte? ¡Por Dios, Deborah!

—Pareces no hacerte cargo del peligro que entraña para mí permanecer bajo este techo. ¿Por qué crees que Jerry ha muerto asesinado? ¿No lo sabes? Yo te lo diré. Porque el asesino quiere conseguir las cuatro llaves que le faltan...

—Tus palabras equivalen a decir que desconfías de Doris o de Wallace o de Alexander, ¿no es eso? —se estremeció James Hamil.

—Ahora ya no puedo desconfiar de Jerry. En realidad —reconoció— he

estado desconfiando de los cuatro, desde el día que tío Jess y Arlene perdieron la vida, pendientes de aquellas sogas.

—Es horrible lo que dices. Nunca pude imaginar que tu pensamiento fuera tan lejos.

—Alguien tuvo que ser, ¿no?, y en la casa sólo estábamos nosotros cinco.

—Y los sirvientes... Puestos a sospechar, también había que hacerlo de ellos.

—Sí, claro, también he pensado en los sirvientes —reconoció la muchacha —. Pero la idea no termina de encajar bien... Convendrás conmigo, James, en que si el viejo Mark, el antiguo mayordomo de la casa, hubiera matado a tío Jess y a Arlene por la posesión de ese libro, ahora, al haberlo encontrado, no se hubiera apresurado, como lo ha hecho, a escribirnos...

—Una deducción muy acertada —asintió James Hamil—. Pero ten presente —dijo, tras reflexionar un poco— que la caja no ha aparecido aún. Con la excusa de su amnesia, ha podido tenderos una trampa...

—¿Qué clase de trampa? —preguntó.

—No sé... Evidentemente, no tiene sentido todo esto...

—Además, un hombre de la edad de Mark no hubiera podido nunca alzar aquellas dos sogas, y acabar con aquellas dos vidas... Le hubieran faltado fuerzas... Sobre todo para levantar el cuerpo de tío Jess, que llevaba encima varios kilos de escayola.

—Queda Cornelia.

—Tampoco pudo hacerlo, sola. Además, estaba enamorada de tío Jess, ya te lo he contado en varias ocasiones, ¿no? Desde que entró a servir en esta casa, para ella no hubo ya otro hombre. Tío Jess no se daba ni cuenta; los hombres, a veces, sois así... Pero Cornelia le quería de veras. Siendo de este modo, comprende lo absurdo que resulta sospechar precisamente de ella...

—Como sea, Deborah, comprende que ahora no puedes irte de aquí. Sería abandonarlo todo cobardemente, cuando quizá estás a un paso de...

Deborah se enfadó:

—Por lo visto, te interesa mucho que sea rica.

—Te prefiero rica que pobre, Deborah; sinceramente es así. Cualquiera te respondería lo mismo. Cualquiera que no fuera falso. Pero rica o pobre, nos casaremos, porque te amo...

La abrazó. Se mostró cariñoso. Quería convencerla, indudablemente, de que tenía que seguir en la brecha.

—¿Sabes? Le pediré permiso a Mark para quedarme en esta casa. Hay habitaciones de sobra, así que no creo que le importe. Teniéndome a tu lado, te sentirás más tranquila, ¿no es cierto?

Deborah pensó que si alguien le proporcionaba cierta tranquilidad, ése era Roddy Hunter, no su novio. Su novio no tenía planta de héroe. Roddy Hunter, sí.

—Bueno... —cedió finalmente la muchacha—, me quedaré un poco más. A ver si aparece pronto la caja de hierro, y acabamos con este asunto, de una

vez. Sí, por complacerte, me quedaré un poco más...

—Y hará mal, señorita Worley.

Cornelia había intervenido en la conversación. Acababa de entrar en la habitación. Se había quedado a pocos pasos de ellos.

—Hará mal —repitió Cornelia— porque, en realidad, ya no ha debido venir. Ha sido un gran error por su parte. —Y puntualizó—: Usted es la única buena de los cinco... Junto a ellos, no puede ganar nada... Perdone mi cruda sinceridad, pero le hablo por su bien...

Deborah se quedó más asustada que nunca.

* * *

Fue a explicárselo todo a Roddy Hunter, al que encontró echando una ojeada por los alrededores de la casa, es decir, por aquella árida e inhóspita colina, que poco podía, en sí, esconder. Aunque la niebla persistía, siendo tan intensa que parecía poder cortarse, y, en tales circunstancias, nunca se sabe...

Necesitaba contarle la conversación que había sostenido con su novio, y la puntilla que Cornelia había dado, con sus palabras, a aquella conversación.

—La veo cada vez más asustada —dijo Roddy Hunter, cuando la muchacha hubo concluido.

—Sí, lo estoy.

—En cierto modo, reconozco que no le faltan motivos. Pero vale más que temple los nervios... Es malo perderlos... Además, bien mirado, para algo ha contratado mis servicios, ¿no es eso? Sepa que... —le sonrió—, que yo jamás defraudo a mis clientes.

—Me anima oírselo decir. Espero, sinceramente, que esta vez no sea la excepción.

—Por descontado que no. Cuanta más es la calidad de mi cliente, más es la calidad de mi trabajo. Es mi norma.

—Gracias... Pero, bueno, dígame lo que usted opina de todo esto. Aún no me ha dicho nada.

—En algo, estoy fundamentalmente con usted, señorita Worley. El asesino busca las cinco llaves para que así, cuando aparezca la caja de hierro, para él sólo sea coser y cantar.

—Pero ¿quién es el asesino? —Preguntó Deborah—. ¿Sospecha usted de alguien?

—De todos. Desde el primero al último. A no ser porque de mí mismo tengo una gran opinión, hasta de mi propia sombra desconfiaría.

—Su sentido del humor...

—Perdóneme, señorita Worley. No he estado oportuno, acabo de darme cuenta. Y créame, para hacerme perdonar por ello la invitaría a cenar, si estuviéramos en Londres. Pero, claro, estamos aquí, donde sólo soy el mayordomo de la casa... —pero, por lo visto, no le acomplejaba nada ser un sirviente, pues se acercó a la muchacha y la estrechó entre sus brazos.

—Un mayordomo demasiado atrevido —dijo ella, pero ni a protesta llegó su tono.

—Y usted, señorita Worley, una muchacha demasiado guapa. La culpa de mi atrevimiento es sólo suya... —y la besó.

Deborah se dejó besar.

CAPITULO VI

En la amplísima cocina de la casa, Roddy Hunter acababa de desayunar. Cornelia trajinaba por allí, entregada a sus habituales menesteres.

Hacía ya veinticuatro horas que se había llevado a cabo el entierro de Jerry Worley.

—Que el viejo Mark no sepa a qué cerraduras corresponden las otras cuatro llaves, en cierto modo parece normal, dada la circunstancia de su amnesia... Pero que no lo sepa usted, Cornelia, que hace ya tantos años que sirve aquí... Con franqueza, y no me lo tome a mal, pero lo encuentro ilógico...

Cornelia se había detenido en su trabajo, pálida, más bien lívida. Se había vuelto hacia el nuevo mayordomo, con un fulgor insólito en sus ojos. Mientras se secaba las manos en el gran delantal que llevaba, contestó:

—¿Y quién le dice que no lo sepa?

—Si lo sabe, ¿por qué no interviene? —preguntó Roddy Hunter.

—Yo les odio a todos ellos. A todos, menos a la señorita Deborah... Nunca levantaré un dedo para hacerles un favor. Por mí, puede tragarles el infierno.

—¿Por qué les odia?

—Son malos, crueles, perversos... —mascullaba las palabras entre dientes, como si las mordiera.

—¿Qué le hace suponerlo así?

—Nunca quisieron a su tío Jess. Sólo fingían quererlo por su dinero, y por ese libro de alquimia, ciencias ocultas, magia, transmutaciones, o lo que sea que haya en sus malditas páginas... Aquella noche —prosiguió, y un sollozo salió extraña e inesperadamente de su garganta—, ellos le mataron... A él y a Arlene...

—Parece decirlo muy segura.

—Completamente.

—Ahora ha muerto Jerry. ¿Qué opina de eso?

—Uno menos.

—¿No peca de cruel?

—Con un asesino, la ley, o el destino, como prefiera, nunca puede ser cruel. A lo máximo, justo.

La miró con atención. Con toda la atención de que él era capaz. Vio que algo pugnaba por salir de ella.

—Me da la sensación, Cornelia, de que usted sabe mucho más de lo que dice...

—Y a mí me da la sensación —dijo ella, a su vez— que es usted un mayordomo muy de circunstancias... Cuidado, si se enteran, puede pasarlas muy mal...

Roddy Hunter no se alteró.

—Gracias por el consejo.

—No hay de qué.
—Oiga, antes de que me vaya a mis obligaciones de mayordomo... de circunstancias. Usted estaba enamorada de Jess Worley, ¿verdad? Eso he oído comentar.
—Con toda mi alma.
—¿Soñaba con casarse con él?
—Si hubiera sido más bonita, hubiera soñado con eso. No le quepa la menor duda.
Poco después, Roddy Hunter salía de la cocina y se dirigía rectamente hacia el comedor de la casa, dispuesto a servir el desayuno a quienes moraban actualmente bajo aquel techo.
En esta ocasión, Doris fue la última en llegar. Cuando ella se sentó, los demás hacía ya rato que permanecían reunidos.
—Buenos días —saludó, al llegar junto a la mesa.
—Esperemos que lo sean... —respondió el viejo Mark, a quien se le veía más aturdido y desconcertado que nunca, desde la muerte de Jerry. Demostraba claramente que no terminaba de hacerse una idea exacta de lo que había sucedido.
Además, ahora todo se le olvidaba cada dos por tres. Su amnesia se había recrudecido enormemente. Acababa de decir que tendría que ir nuevamente al médico.
El desayuno empezó, en silencio.
Pero Wallace no había de tardar en hablar, en decir que era incomprensible que no dieran con la caja de hierro. Por muy grande que fuera aquella casa, tenían que encontrarla, si es que realmente estaba allí.
-—A menos que se esté tratando de una broma de poco gusto... —y miró, receloso, al viejo Mark.
—¿Cómo dice? —Inquirió el aludido—. ¿Broma, dice? ¡Oh, no! Yo les aseguro que...
—No le haga caso —repuso Deborah—, sabemos que no se trata de eso. Usted era un fiel servidor de nuestro tío, y por nada del mundo se le ocurriría hacernos eso a nosotros.
—Claro que no... Claro que no...
—¡Pues es incomprensible —volvió a exclamar Wallace— que todas nuestras búsquedas estén resultando infructuosas! Tiene que haber una explicación. Convengamos en ello.
—Estoy contigo —dijo Doris.
En eso, Roddy Hunter detuvo el gesto de la cafetera, cuyo morro inclinaba sobre una de aquellas tazas, e inquirió:
—¿Puedo decir lo que pienso?
Todos le miraron.
No esperaban que el mayordomo cometiera aquella incorrección. Porque, indudablemente, era una incorrección meterse, tan campante, en la conversación de los señores.

—Diga lo que sea, Roddy —le animó Doris a proseguir. Ella siempre era benévola con los hombres como él.

—Usted ha dicho, hace unos instantes, señor Worley —miraba a Wallace — que es incomprensible que sus búsquedas estén resultando infructuosas, y que tiene que haber una explicación... Indudablemente, la hay —y sentenció —. No saben buscar.

—¿Ah, no? —se engalló Wallace.

—No —negó Roddy Hunter—. Yo lo haría mucho mejor.

—¿Usted? —inquirió Doris.

—Sí, yo. Y si me autorizan a buscar, les aseguro que, en menos de cuarenta y ocho horas, la caja de hierro estará ante ustedes.

Sonaba a fanfarronada. O a bravata. Tal vez, simplemente, a meterse donde nadie le llamaba. De todas formas, la oferta resultaba sumamente tentadora.

—De acuerdo —dijo Wallace—, búsquela usted. Tiene mi permiso.

—Y el mío —repuso Doris.

—Y el mío —añadió Alexander.

—Y el mío también —puntualizó Deborah.

Había conseguido lo que se proponía. La venia de todos ellos para poder merodear de un extremo al otro de la casa.

Roddy Hunter estaba convencido de que en algún sitio estaba, no sólo la caja de hierro, sino también la pista, el detalle, que había de delatar, inapelablemente, al asesino.

* * *

Pero al asesino no le gustó que aquel joven y atlético mayordomo se metiera en el asunto. No le gustó nada. Le vio poco de fiar.

A esto contribuyó, sin duda, que le hubieran dado en la escalera un puñetazo demasiado fuerte, y que tuviera forzosamente que desconfiar de alguien como él...

Mejor sería que le eliminara. No le costaría, si le encontraba desprevenido. El factor sorpresa es siempre muy importante.

CAPITULO VII

James Hamil, el novio de Deborah, había sido autorizado por el viejo Mark para quedarse allí.

—No faltaría más —le había respondido—. Puede permanecer aquí lo que guste. A su disposición queda toda la casa.

Fue uno más, pues, a partir de aquel momento, a buscar por todas partes, incluso por las más inverosímiles, la caja de hierro.

—¿Qué tamaño tiene esa caja? —Le preguntaron más de una vez al viejo Mark—. Aproximadamente...

—Unos sesenta o setenta centímetros de larga, y es negra, igual que la encuadernación del libro que guarda...

Fueron pasando las horas.

Todo seguía lo mismo.

En eso, Doris, que se había maquillado más que en otras ocasiones, quizá para disimular en lo posible las pecas de su rostro, se acercó a Roddy Hunter, que estaba retirando unos ceniceros, y le dijo:

—Si viene esta noche a mi habitación, le contaré un cuento muy bonito...

Pensó, por un momento, que Doris sabía algo importante y que quería decírselo. Pero le bastó ver la mirada deshonesta de sus ojos y el gesto procaz de su boca, para comprender que su intención se alejaba del todo de tal propósito, siendo su única idea pasar unas horas de amor en su compañía.

—¡Los únicos cuentos que me gustan son los de terror —detalló, en son de broma.

—En este caso, el ambiente de esta casa debe hacerle sentirse como pez en el agua —le había humillado un poco que no se apresurara a aceptar lo que le ofrecía. Pero aun así, insistió—. ¿Vendrá...?

Roddy Hunter fue a responder, pero se quedó con la palabra en la boca. Acababa de acercarse Alexander, cogiendo a su prima por el brazo y llevándosela hacia el tocadiscos.

—Mira, el disco que nos gustaba tanto, cuando éramos casi niños. ¿Quieres que lo ponga? Recordaremos viejos tiempos.

—¿Aún tienes humor para discos? —Le reprochó Doris—. Pues el ambiente no parece muy apropiado para eso.

Alexander se picó. De ello, que le respondiera, rápido:

—Tú sólo tienes humor para otras cosas, ya me he dado cuenta... —y miró de hurtadillas al joven mayordomo, que ya se retiraba de allí.

Doris se rió, sin sentirse avergonzada en lo más mínimo. Luego, ya sería, muy seria, quizá demasiado seria, respondió:

—Si todo lo malo que se hiciera en la vida fuera eso... Pero se hacen otras cosas peores...

—¿Qué quieres decir? —preguntó Alexander, apretando tan fuerte las mandíbulas, que blanquearon sus maxilares.

—Jerry ha muerto asesinado —repuso Doris—, y hace unos dos años, murieron Jess y la pobre Arlene, también asesinados...

—¿Y yo qué tengo que ver con eso? —Inquirió Alexander—. Lo dices como si...

—Yo no he acusado a nadie —contestó Doris—. Me he referido, simplemente, a que hay pecados mayores que buscar el placer del amor...

Dio media vuelta y le dejó allí, junto al tocadiscos, con aquel disco, que de niño a ambos tanto les había gustado, entre sus manos temblorosas.

Alexander permaneció un rato sin moverse, pero finalmente se encogió de hombros, dejó el disco en su sitio, de donde poco antes lo había sacado, y también él se fue de allí.

Por su parte, Roddy Hunter estaba de nuevo en la cocina, en compañía de la criada, quien, esta vez, al verle entrar, le hizo saber:

—Le he visto hablando con la señorita Doris. Esa zorra quiere pasarlo bien, ¿eh? —Y añadió—: Con todos se comporta igual. Lleva la sensualidad en la sangre.

—No es mi tipo —dijo Roddy Hunter.

—Yo conozco a infinidad de hombres que se acuestan con mujeres que no son su tipo —contestó Cornelia.

—Yo, no.

—Vale usted mucho, Roddy; es usted todo un ejemplar de hombre. Por edad, podría ser su madre, así que no hay ningún mal en que se lo diga... Y con sinceridad, lamentaría que esa zorra de Doris se saliera con la suya, y se diera ese plato de gusto...

Cuando llegó la noche, todos se retiraron a sus dormitorios, un poco antes de lo que tenían por costumbre. Por lo visto, estaban cansados, agotados, de buscar inútilmente la caja de hierro.

Todos ellos habían estado mirando y remirando por el amplísimo sótano, que en parte era viejo almacén. Por las habitaciones casi olvidadas de la parte sur de la casa, en la que hacía muchísimo tiempo que no entraba nadie. Por la enorme carbonera, de donde salieron todos tiznados. Por el inacabable desván, al que se entraba por varias puertas, aunque la más usada se hallaba al término de la escalera principal. Por las estancias que Jess Worley había convertido en laboratorio, con su claraboya en lo alto. Habían buscado por toda la casa, para ser exactos.

Y habían acabado cansados, agotados. Por lo que prefirieron acostarse pronto y reponer fuerzas.

Roddy Hunter era el único que no se había molestado en mirar. Dijo que iba a esperar al día siguiente. Que al día siguiente, sin falta, les presentaría la caja.

Pero fue aquella misma noche cuando Roddy Hunter dejó su habitación, que formaba parte, claro está, de las dependencias de la servidumbre, y se dirigió escaleras arriba, como aquella otra vez.

Parecía como si creyera que la caja de hierro estaba en el desván, y que,

por tanto, no había por qué perder el tiempo buscando en otra parte.

Lo primero que hizo fue asegurarse de que no hubiera nadie escondido a uno u otro lado de la escalera. Lo segundo fue comprobar que la ferrada seguía en la mano de Hércules. Aquella maza armada de hierro, en su sitio, donde debía estar, le proporcionó cierta tranquilidad.

Después, siguió subiendo la escalera.

Ya en el pasillo, echó una mirada a la cuarta puerta, a la derecha. Allí debía estar esperándole, ansiosa de deseo, una mujer. Pero no; lo que había dicho a Cornelia, no era su tipo. En otra ocasión, quizá lo hubiera sido. Ahora, no. Tal vez porque su tipo estaba tras la puerta tercera, a la derecha de aquel mismo pasillo.

Siguió adelante, hacia el desván.

Instantes después, entraba allí, cerraba la puerta y encendía la luz.

Una luz que resultó difusa porque la bombilla, en lo alto del techo, se hallaba rodeada de polvo y de telarañas.

* * *

Doris rechinó los dientes de rabia.

Al oírle subir tan sigilosamente la escalera, había dado por descontado que se dirigía a su dormitorio. Al verle pasar de largo, a gusto le hubiera arañado.

Pero era mujer poco dada a no satisfacer sus caprichos, máxime si éstos eran de índole sexual, así que, poco a poco, sintió que la rabia se le pasaba. Entonces se dijo que, bien mirado, sería una buena idea que, puesto que Roddy no se decidía a ir por ella, fuera ella la que tomara la iniciativa y fuera en busca de él.

No lo pensó dos veces. Salió de su dormitorio, descendió la escalera y se metió en la zona que correspondía a la servidumbre. Todo esto, abriendo y cerrando puertas del modo más discreto del mundo. No quería que nadie se enterara de lo que hacía.

Conocía, de sobras, el cuarto del mayordomo. Se metió allí dentro, sin vacilaciones. Así que él entrara, y encendiera la luz, le obsequiaría con la más incitadora de las sonrisas.

Al poco, le oyó acercarse. Sin hacer apenas ruido, pues por lo visto tampoco él quería que alguien pudiera enterarse de sus nocturnas andanzas.

En eso, Doris se dijo que quedaría mejor que se metiera en la cama y que le esperara allí, arrebujada entre sus ropas.

Se quitó el vestido, rápido. Hasta el sujetador fue a parar al suelo. Desnuda, se hundió entre las sábanas, a la espera de la impetuosidad del hombre que, sin duda, se avivaría ante el cálido contacto de su cuerpo.

No tardó en decirle:

—Estoy aquí. Soy Doris.

No recibió respuesta.

Pero Doris sonrió, al ver que la silueta del hombre se acercaba a ella. Se

acercaba lentamente, tras un inicial titubeo.

—Bésame... —pidió Doris, instantes después, y levantó sus brazos desnudos, ansiosa de aferrarse al cuello de él.

De súbito, algo se alzó en el aire, en medio de la oscuridad del cuarto. Doris no pudo ver bien lo que era. Pero sí, acababa de adivinarlo... ¡Era una maza armada de hierro! ¡La ferrada del Hércules de la escalera...!

Comprendió que allí estaba el asesino de tío Jess, de Arlene, y de Jerry... Un asesino que se disponía a añadir un crimen más a su lista.

Quiso escapar de allí, pero se sintió como hundida en la cama. Era que estaba muerta de miedo, de pánico, y las fuerzas se negaban a secundar sus órdenes.

Pero no podía vacilar. La muerte estaba pendiente de su cabeza. Hizo un gesto rápido, y se movió de sitio. Quería huir... ¡Deseaba tanto seguir viviendo!

Pero la maza ya había recibido el impulso preciso, y descendió, presa de un fiero e irascible arrebato.

Cayó implacablemente sobre ella. Le alcanzó en el pecho, abriendo, ya de buenas a primeras, un enorme boquete... Por donde lo sangre salió en un chorro realmente escalofriante, demencial.

Doris lanzó un alarido. Luego otro...

Pero la ferrada había vuelto a coger impulso, y había vuelto a descender.

Dio en el mismo sitio, en el boquete ya formado, en medio de aquel chorro de sangre, y se hundió en medio del corazón. Aplastando sus vísceras y deteniendo, de pronto, sus latidos.

Doris ya no dijo nada más.

El asesino dio la vuelta a la cama y se acercó a las ropas de Doris, que seguían en el suelo, si bien, ahora, salpicadas de sangre. Buscó en los bolsillos del vestido. Encontró lo que buscaba. Una llave.

—Ya tengo otra... —murmuró.

Se dispuso a limpiar la maza, pero pensó que no podía perder tiempo. Valía más que saliera inmediatamente de allí.

CAPITULO VIII

Roddy Hunter estaba en el desván. Buscaba afanosamente por todas partes.

Pero, en realidad, no sabía exactamente lo que buscaba. Tenía aún muchas dudas en la cabeza.

De pronto, reparó en dos pilones de sacos, vacíos, bien doblados. Habría un par de cientos, como mínimo, a menos que no todos fueran sacos...

Se propuso averiguar si allí debajo había algo más. Fue quitándolos de su sitio. Y sí, había algo más... ¡Y nada más, y nada menos, que la caja de hierro!

Fue en aquel preciso instante cuando oyó gritar a Doris.

Dio medio vuelta sobre sí mismo, y se apresuró a salir de aquel lugar. La primera era la muchacha, que evidentemente estaba en grave peligro. En tanto peligro, temió, que posiblemente no iba a llegar a tiempo. ¡Aquel asesino actuaba con tan atroz y escalofriante rapidez!

Su temor pareció confirmarse cuando, al pasar junto a la estatua del héroe más célebre de la Mitología, hijo de Júpiter y de Alomena, encarnación de la fuerza, Hércules, le vio sin la maza armada de hierro.

Aceleró sus pasos, bajando la escalera de cuatro en cuatro peldaños, pero al llegar al lugar de donde había partido el grito, el alarido, ya era tarde para todo lo que no fuera llamar a la funeraria.

—Yo no he podido llegar antes —se lamentó Roddy

Hunter—. Pero usted estaba cerca, Cornelia, a dos pasos... —se había vuelto severamente hacia la criada, que acababa de salir de su cuarto—. No puede decirme que no la ha oído gritar...

—No se lo digo —reconoció con una voz fría como la propia escarcha—. La he oído perfectamente.

—¿Entonces...?

—Se lo dije, ¿ya no lo recuerda? Les odio. Nunca levantaré un dedo para hacerles un favor. Por mí, puede tragarles el infierno.

—No creía que les odiara tanto.

—Les odio... aún más de lo que usted pueda creer ahora. Y me satisface ver —añadió— que todo va saliendo a la medida de mis deseos.

—¿Qué deseos son ésos? Con sinceridad, Cornelia, se me pone la piel de gallina, por el mero hecho de ver su expresión...

Cornelia sonreía, en efecto, de un modo sencillamente maquiavélico.

—Deseo que se destruyan, que se maten entre sí. Hasta que no quede ninguno... De momento, ya han dejado de existir dos.

—En esta ocasión, el asesino no pretendía matar a Doris —manifestó Roddy Hunter—, sino a mí...

—El asesino busca tener reunidas las cinco llaves... No parará hasta conseguirlo. Que usted le estorbe o no, es otra cuestión.

—¿Quiere que le diga, Cornelia, lo que se me acaba de ocurrir? Me lo ha inspirado la expresión de su cara.

—Dígamelo.

—Fue usted la que colocó la caja de hierro ante el viejo Mark. Fue usted, asimismo, quien luego escondió esa misma caja. Fue usted también quien metió las otras cuatro llaves junto a aquélla, la auténtica... Abusando de su amnesia, le hizo cómplice de sus propios planes...

—No es usted tonto, Roddy —no se molestó en negar nada.

—Conoce bien al viejo Mark, un dechado de fidelidad y honradez, y sabía que, cumpliendo con su obligación, le faltaría tiempo para escribir a los sobrinos... Ellos vendrían y...

—Y se matarían por lograr el libro. Se matarían entre sí, como cerdos. Como, de común acuerdo, mataron a Jess Worley y a la pobre señorita Arlene.

—Que fueran ellos, usted no puede asegurarlo —sonó severo el acento de Roddy Hunter—. En todo caso, puede deducirlo. Que no es lo mismo, ni muchísimo menos.

—Sé que fueron ellos, todos unidos, de común acuerdo. Menos la señorita Deborah, ella es distinta... ¿Quiere saber por qué lo sé?

—Sí.

—Cualquiera de ellos, solo, no hubiera podido, desde lo alto de la claraboya, alzar las sogas y los cuerpos de las víctimas... Menos aún, el cuerpo del señor Worley, que estaba escayolado, y debía pesar horriblemente... Así pues, ese trabajo sólo pudieron hacerlo varios a la vez... ¿Ve que es sencillo llegar a esa conclusión? Una conclusión a la que yo llegué, desde el primer momento... Entonces juré que algo haría para vengarles... Y sí, he hecho esto, lo que usted ha adivinado... Como verá, los resultados no pueden ser más positivos.

—Una pregunta.

—Me cae usted bien. Las que quiera.

—¿Esa caja de hierro es realmente la auténtica? ¿Y el libro que hay en su interior...?

—Tal como lo encontré todo, la caja, y poco después la llave, en el laboratorio, tras un cajón de doble fondo, así, sin tocar ni mirar nada, lo he ofrecido a los sobrinos —ironizó—. Dése cuenta de mi generosidad...

—Una generosidad diabólica la suya, Cornelia.

—Si ellos no fueran como son, mi venganza se hubiera estrellado contra el vacío, contra la nada. En cambio, ya lo ve, se destruyen y se matan entre sí...

—Y añadió—: Yo amaba a Jess Worley. Tenía que hacerlo.

—Pero ¿es cierto lo que me ha dicho...? —Insistió Roddy Hunter—. ¿Puedo fiarme de sus palabras, Cornelia? ¿Es realmente esa caja de hierro, la auténtica, en la que Jess Worley ocultó el libro que para él era más valioso que el mejor de los tesoros? ¿No está queriendo engañarme también a mí?

Cornelia le miró de un modo diferente, suavizando la mirada, haciéndola mucho más humana. Le respondió:

—Se lo juro, no le engaño.

Roddy Hunter se vio precisado a decir lo que pensaba:
—La creo, Cornelia.

CAPITULO IX

Volvió a ser requerida la presencia del inspector Cotten.

Quien, en medio de bufidos, empezó de nuevo a interrogar a todos. Pero seguía tan poco lince como la otra vez. En aquel asunto, no se lucía, es evidente.

Pero esta vez había de comprender que el arma homicida había sido la maza armada de hierro... Aunque esto lo hubiera comprendido cualquiera. Apareció junto al cadáver de Doris.

Por lo demás, ninguno de los presentes le ayudó nada. Todos, y cada uno de ellos, parecían tener razones para callar. Quizá, en el fondo, las mismas razones. Aquella caja de hierro y aquel libro, que todos querían para sí.

No así Deborah, que de nuevo se vio tentada a hablar, a decir todo lo que sabía. Ciertamente, encontraba insostenible aquella situación.

—Roddy, el mayordomo, ha dicho que hoy mismo nos encontrará la caja de hierro... —James Hamil parecía tener confianza en que así fuera—: Ten un poco más de paciencia, Deborah.

—Eso; tenga un poco más de paciencia, señorita Worley —añadió Roddy Hunter, que acababa de oír las palabras del novio de la muchacha—. El desenlace llegará pronto.

—¡No quiero ver más muertes! —Exclamó ella—, ¡No lo resisto! ¡Todo esto es espantoso!

Era espantoso, indudablemente. Pero iba a haber más muertes... Eso no iba a poder evitarlo nadie.

Y había de suceder pronto. Mucho antes de lo que nadie pudiera esperarlo. En realidad, muy poco después de haberse ido de allí el inspector Cotten.

Aún no se había perdido colina abajo, entre la densa niebla, su silueta muy alta, muy delgada, como una caña, cuando se oyó el alucinante y sobrecogedor alarido.

Todos estaban dispersados. Cada uno por su lado.

Todos quedaron, según habían de decir después, estremecidos de espanto.

Nadie, por tanto, había de acertar a moverse, en varios minutos.

Sólo Roddy Hunter corrió hacia Cornelia. Porque era Cornelia la que había gritado de un modo tan pavoroso.

Llegó corriendo a la cocina.

La encontró en el suelo, desangrándose como un animal al que hubieran degollado...

Es lo que habían hecho con ella. ¡Degollarla!

Con la cuchilla de partir la carne, le habían separado la cabeza del tronco.

De eso no debía hacer aún ni cinco segundos. El cuerpo aún se movía. La cabeza aún botaba.

* * *

El inspector Cotten tuvo que volver sobre sus pasos.

El sobrecogedor y alucinante alarido de Cornelia había llegado perfectamente hasta sus oídos.

Ya de nuevo en la casa, y luego de presenciar el macabro espectáculo de aquel cuerpo sin cabeza, intentó averiguar quién de ellos, minutos antes, pudo haber hecho aquello.

—Usted, ¿dónde se hallaba exactamente en el momento en que la víctima...?

La misma pregunta a todos.

Pero de todos ellos obtuvo análoga o parecida respuesta:

—Estaba solo...

Las circunstancias no ayudaban al policía. Resultaba evidente que cualquiera pudo haber sido. Ni uno solo de ellos se alejaba de la sospecha que, por descontado, sobre uno u otro tenía forzosamente que recaer.

—Apenas me alejo de la casa —rezongó finalmente el inspector— y ustedes se separan, se dispersan... ¡Qué manera de complicarme las cosas!

Seguidamente, reflexionó. Durante más de tres o cuatro minutos. Durante los cuales, el silencio fue absoluto. Se diría que los presentes casi ni respiraban.

—¿Qué clase de persona era Cornelia...? —terminó preguntando el policía, y esperó la respuesta.

Había sido una pregunta general.

Para todos ellos.

—Una excelente mujer —Alexander fue el primero en responder— que en todo momento supo servir con lealtad a nuestro tío. Se mereció sobradamente las mil libras que le legó en su testamento.

—Pienso lo mismo —dijo Deborah.

—'Desde luego —añadió Wallace—, no hay nada que objetar en ese sentido.

—Yo apenas la conocía —repuso James Hamil—, pero, siempre que la vi, me pareció, por descontado, una sirvienta atenta y respetuosa.

—Era muy buena, muy buena —casi sollozó el viejo Mark—. Yo me hubiera sentido feliz, si el señor Worley se hubiera casado con ella. Ella se lo merecía.

—¿Qué quiere decir con esto...? —inquirió súbitamente el inspector Cotten, como quien da, de pronto, con la piedra filosofal—. ¿Que Cornelia, la mujer que acaba de ser asesinada, amaba a su señor... al señor Worley, quien fue ahorcado salvajemente, hará un par de años?

—Le amaba, sí —asintió el viejo Mark—. Pero no, con esto no he querido decir nada en especial... No creo que haya conexión entre la muerte de él y la de ella... ¿O acaso sí...? Bueno, eso tiene usted que averiguarlo, para algo es el policía...

Pero el inspector Cotten no había de dar con la pista que buscaba. Aquel

caso le iba a contrapelo. No se lucía. Indudablemente, era así.

Por lo que terminó marchándose de la casa, sin haber averiguado nada. Menos que nada, para ser exactos.

Fue en aquel momento cuando Roddy Hunter opinó en voz alta, con la indudable e indiscutible intención de que ninguno de ellos dejara de oírle:

—Si yo hubiese estado en el puesto del inspector Cotten, hubiera formulado otra clase de preguntas. Y las mías hubieran sido mucho más efectivas, pueden estar seguros de ello.

—Usted, por lo visto —repuso Alexander— todo sabe hacerlo mejor que los demás... Ayer nos dijo que no sabíamos buscar la caja de hierro, que para usted sería fácil... Ahora nos asegura que el inspector Cotten no nos ha sabido interrogar, que usted lo hubiera hecho mucho mejor... Pero a la hora de la verdad —añadió—, su palabrería sólo queda en eso...

—¿Se refiere a que todavía no les he presentado la caja de hierro? —preguntó Roddy Hunter, sin alterarse.

—¿A qué quiere, si no que se refiera...? —inquirió, a su vez, James Hamil —. Nos lo dijo al parecer tan seguro de sí mismo, que nos forzó a creerle y a hacernos ilusiones.

—Lo que fue absurdo por nuestra parte —concretó Wallace—. ¿A santo de qué iba a encontrarla usted antes que nosotros, cuando en realidad a nosotros nos interesa encontrarla mucho más que a usted...? A usted, eso no le va ni le viene. Usted, aquí, es sólo el mayordomo.

—¿O acaso es algo más...? —quiso saber el viejo

Mark, y le miró, achicando los ojos, agudizando la mirada.

—En lugar de responder a esto último —dijo Roddy Hunter—, prefiero demostrarles que, cuando digo una cosa, sé de sobras por qué la digo... Dentro de diez minutos, la caja de hierro estará ante ustedes. Tienen mi promesa por delante. Pero, antes, déjenme que les haga esas preguntas, que el inspector Cotten se ha dejado incomprensiblemente olvidadas.

—Yo no tengo inconveniente en que las haga —intervino Deborah, tendiéndole un cable, que necesitaba, pues la verdad es que le estaban mirando con muy poca tolerancia, con muchas ganas de mandarle a freír espárragos.

—Por mí... —cedió James Hamil, al ver que su novia se decantaba en ese sentido.

—Bueno —acató Wallace.

—Bueno —repitió Alexander.

El viejo Mark se limitó a permanecer callado.

Finalmente, tras una nueva pausa, que pareció hacerse más larga que ninguna, Roddy Hunter inquirió:

—¿Hay alguna mujer en su vida, señor Worley...? —Ahora miraba exclusivamente a Wallace—. Me refiero —aclaró— en plan amoroso, pasional, íntimo...

Wallace no se esperaba la pregunta. Le dio la sensación de que no venía a

cuento. Por lo menos, puso una expresión muy acorde con tal impresión.

—¿Por qué me lo pregunta...?

—¿No habíamos quedado en que el que iba a preguntar iba a ser yo?

—Sí, claro —vaciló. Luego, haciéndose cargo de que aún le quedaba pendiente la respuesta, se decidió a hablar—. Tengo tratos con una corista...

—La imagino joven y guapa. —Y sin más—: ¿Le cuesta muy cara?

—Lo normal. No es exigente.

—Es todo lo que quería saber. Y usted... —ahora Roddy Hunter se volvió hacia Alexander Worley—, ¿tiene relaciones íntimas con alguna mujer?

—¡No le permito! —protestó—. ¡Usted no es quién para...!

—¿No habíamos quedado en que sí era?

—¡Pero meterse en mi vida privada, y como si tal cosa! No le veo la gracia.

—‘Ni pretendo que la tenga. Pero si su primo ha respondido lisa y llanamente, no veo la razón ni el motivo por el que usted no pueda hacerlo también.

—Claro que puedo, por descontado que sí —había picado—. Y allá va la respuesta, para demostrárselo. Tenía una amante, pero me ha dejado por otro, y por otro que tiene menos que yo... ¿Satisfecho ya? ¡Como verá, no tiene tanta importancia!

—Claro que no. Y usted, señor Hamil. . —se giró de pronto hacia James, el novio de Deborah—, ¿qué me responde en tal sentido?

—En mi vida no hay más mujer que Deborah, mi prometida, con la que en breve voy a casarme —la respuesta le salió de un tirón.

—Pero antes de conocer a la señorita Worley... Siempre hay un antes... No se lo tome a mal, pero me interesa sobremanera este pormenor.

—Deborah es mi novia desde hace ya muchos años, desde que éramos apenas unos chiquillos. En mi vida, pues, ella es la primera. No ha habido nunca otra.

—Una respuesta plenamente satisfactoria —reconoció Roddy Hunter. Y seguidamente, mirando a los tres que había interrogado—: Ahora ya sé a qué atenerme. Gracias por haber colaborado.

—¿Y se puede saber —le increpó Alexander— por qué ahora sabe ya a qué atenerse...? Desde mi punto de vista, nuestras respuestas no han dado luz en ningún sentido, por pecar de vulgares.

—No lo considero yo así —indicó, serio e imperturbable, Roddy Hunter.

—Nos decía usted —repuso Wallace— que ciertas preguntas, el inspector Cotten se las había dejado incomprensiblemente olvidadas... ¿Eran ésas, las que usted acaba de hacernos? Pues, con franqueza, no les he visto la intención...

—Pues la tenían, pueden darlo por seguro —afirmó, añadiendo—: Pero vayamos ya directos a los hechos... Ustedes quieren tener ante sí la caja de hierro, ¿no es eso? Pues no se hable más, dentro de unos minutos la tendrán aquí. Espérenme.

CAPITULO X

Se dirigió escaleras arriba, hacia el desván. Allí había dejado lo que todos buscaban.

Cierto que, al gritar Cornelia, se alejó de aquel lugar precipitadamente, sin molestarse en ocultar de nuevo la caja de hierro. Podía haber sucedido, por tanto, que en ese lapsus de tiempo alguien hubiera podido dar con lo que él había encontrado.

Pero no, ya había tenido buen cuidado en vigilarles, en tenerles a todos ante los ojos. Por lo menos, el tiempo suficiente para no darles opción de llegar hasta allí.

Así pues, sabía casi de fijo que encontraría, junto a aquellos sacos vacíos, cuidadosamente doblados, el quid de la cuestión. Un quid por el que el asesino iba eliminando a unos y a otros, sin concesiones.

En efecto, la caja de hierro estaba allí. Exactamente donde la había dejado.

Pero Roddy Hunter, antes de cogerla, retuvo su atención en algo en lo que la otra vez no había reparado. En algo que no parecía tener nada de extraordinario.

No obstante, sí, lo estuvo mirando con atención, como si realmente fuera algo extraordinario...

Se trataba de una polea.

Una polea, es decir, una rueda maciza, acanalada en su circunferencia y móvil alrededor de su eje; por el canal pasaba una cuerda, a uno de cuyos extremos debía actuar la potencia y en el otro la resistencia.

Roddy Hunter hizo chasquear sus dedos, en elocuente gesto de quien, al fin, comprende lo que hasta entonces no ha logrado comprender.

Acto seguido, se acercó en plan de observación al ventanuco, orientado hacia el cielo, que era la única ventilación de aquel desván.

Se dio cuenta de que el ventanuco se movía, sus viejas bisagras estaban desencajadas. No le asombró el descubrimiento. Ahora, algo así se estaba esperando.

Instantes después, se asomaba al exterior, viendo que era fácil subir hasta allí... La tubería del agua facilitaba enormemente la cuestión.

Roddy Hunter volvió a descender. ¿Acaso necesitaba saber más...?

No, ciertamente.

Ya sabía bastante.

Ahora sólo le faltaba demostrar que sus deducciones eran exactas.

* * *

En la biblioteca, cuya chimenea en esta ocasión se hallaba encendida, con abundantes leños crepitando y lanzando llamas, esperaban la llegada de Roddy Hunter.

Todos estaban sumamente nerviosos y expectantes. Menos el viejo Mark, que en esos momentos daba la sensación de hallarse al margen del problema en que los demás se hallaban inmersos.

—Ha dicho que dentro de unos minutos estaría aquí... —repuso Alexander, retorciéndose las manos.

—¿No será un fantoche? —Formuló Wallace—. Mucho me lo estoy temiendo.

—No tiene cara de serlo —le defendió Deborah, a quien este último comentario había molestado.

—Ya se verá —intercaló James Hamil—, tengamos un poco de paciencia. No nos ha pedido una espera muy larga.

—Ha ido al desván —dijo finalmente el viejo Mark. Hacía varios minutos que no dejaba oír su voz—. Eso significa que allí está la caja de hierro.

—Yo he mirado el desván de un extremo al otro —repuso Alexander—. Allí no se halla.

—Hay demasiadas cosas amontonadas —opinó Wallace— para asegurar que no esté. Puede estarlo...

—Ya se verá —repitió James Hamil.

Oyeron que Roddy Hunter descendía la escalera, y contuvieron el aliento. Aunque, más que contenerlo, es que la respiración se les cortó.

Poco después, el joven se dejaba ver en el quicio de la puerta. ¡Y llevaba la caja de hierro!

Todos se pusieron en pie, de un salto. Como movidos por un resorte. Como accionados por una misma palanca.

—Aquí la tienen, a su disposición —y Roddy Hunter, entrando en la estancia, la colocó sobre la repisa de la chimenea.

De momento, ninguno de ellos se precipitó hacia adelante. Parecía que los pies se les habían clavado en el suelo.

—No se hagan de rogar —les animó Roddy Hunter—, y prueben a ver. ¿No tiene cada uno de ustedes una llave?

—Sí... —musitó Wallace.

—Sí... —asintió Alexander.

—Sí... —dijo Deborah.

—Pues, ¿a qué pensárselo más? Es ésta la ocasión que tanto han estado esperando,

—Es cierto —afirmó Wallace—, ¿a qué permanecer aquí quietos e inmóviles, cuando al alcance de la mano podemos tener la más inmensa de las fortunas y...?

No terminó la frase y se abalanzó hacia aquella caja, negra, a la que las llamas de la chimenea hacían lanzar extraños fulgores.

Mientras tanto, había metido la mano en el bolsillo del pantalón, sacando su llave. Sacándola precipitadamente.

Luego, con pulso sumamente tembloroso, introdujo la llave y la hizo girar, pero inútilmente, en lo que parecía un sombrío y tétrico ojo vacío.

Fue Alexander quien seguidamente probó suerte. Pero esta segunda llave, ni siquiera entró en la cerradura, por demasiado gruesa.

—¡Prueba con la tuya...! —Apremió James Hamil a su novia—. ¡Prueba! —la emoción se desbordaba dentro de él.

Si las dos llaves habían fallado ya, las posibilidades ahora eran mucho mayores.

—Pero... —vaciló Deborah, como asustada.

—¡Anda! —y James Hamil casi la empujó hacia la chimenea, hacia la caja.

Finalmente, la muchacha avanzó hacia allí. A ella también le temblaba la llave entre las manos. Aunque no por los mismos motivos que a sus primos. A ella le daba miedo todo aquello. Hubiera dado cualquier cosa por estar lejos de allí.

Poco después, se decidió a meter su llave en el vacío que ofrecía la cerradura. Y esta llave, no sólo encajaba en el contorno del orificio exterior, sino también en los dientes del mecanismo interior...

Esto hizo que James Hamil, con cierta precipitación, sin poder contenerse, exclamara:

—¡Es ésta!

Pero la llave se encasquilló incomprensiblemente en su interior. Por más que la muchacha hizo, la cerradura no quedó descorrida. La caja siguió cerrada.

—¡Tiene que ser ésta! —jadeó James Hamil—. ¡Tiene que serlo! ¿No ves como encaja...? Déjame a mí...

Sus manos sustituyeron, reemplazaron, a las temblorosas de la muchacha. Si bien, claro está, las de él también temblaban.

Sin embargo, todos los esfuerzos de James Hamil resultaron vanos, infructuosos. Por más que hizo o dejó de hacer, la llave de Deborah no pudo abrir la caja de hierro.

—Queda visto —sentenció finalmente Roddy Hunter—. Ninguna de estas tres llaves es la auténtica.

—¿Entonces...? —inquirió Alexander, que del mal rato se había puesto blanco como un fantasma.

—¿Eso significa...? —a su vez Wallace mostraba un rostro enteramente lívido.

Sólo Deborah parecía, ahora, respirar más a gusto, más abiertamente. Ser la dueña de aquel sobrecogedor y alucinante libro, no era, ni había sido nunca, la ambición de su vida. Prefería una existencia más lógica, más normal, más acorde con los sueños normales de una muchacha de su edad.

—La deducción a la que he llegado —dijo Roddy Hunter— es sencilla. La llave auténtica es una de las dos que faltan... Como sea que éstas se hallan en poder del asesino, sólo el asesino podrá abrir la caja y apoderarse de su contenido.

—Sí, naturalmente —dijo Alexander.

—Sí, claro —asintió Wallace.

—Yo, de ustedes, tomaría una tajante y drástica resolución. Una resolución que diera al traste con los maquiavélicos planes del asesino...

—¿A qué se refiere? —quiso saber Wallace.

—Diga... —Alexander también dejó oír su voz.

—Puesto que el contenido de esta caja no es de ninguno de ustedes tres, ¿a qué permitir que sea del asesino? Eso hay que impedirlo. ¡Como sea! —exclamó.

—¿Y cómo vamos a impedirlo? —preguntó en esta ocasión el viejo Mark.

—Muy sencillo —dijo Roddy Hunter—. La chimenea está encendida, ¿no? Los leños son gruesos, hay llamas y fuego para rato, ¿no? Pues metamos ahí la caja de hierro y no permitamos que nadie la saque hasta que se haya puesto al rojo vivo. Lo que significará, claro, que el libro se habrá chamuscado primero, quemado después y quedado convertido en cenizas finalmente.

—A mí me parece bien —se dio prisa en hablar Deborah—. Ese libro es maldito. Sólo pasan desgracias desde que apareció.

—Puesto que el libro no me pertenece a mí —dijo Alexander—, pueden, por mí, llevar a cabo esa idea. No la encuentro desacertada.

—Bien mirado —agregó Wallace—, dejar que caiga en poder del asesino, sería permitir demasiado.

—¿Y desencajar la cerradura a la fuerza? —sugirió, tras una pausa. James Hamil.

—Sería .una solución -—dijo Roddy Hunter—. Evidentemente la sería... Pero, después, ¿a quién pertenecería el libro?

—Podríamos ponernos de acuerdo —volvió a sugerir James Hamil—, y repartir...

—Ustedes tres, es posible que se pusieran de acuerdo —convino Roddy Hunter—, pero me cuesta creer que en tal sentido convencieran al asesino. El quiere el contenido de la caja para sí solo. Como sea, está dispuesto a conseguirlo. Ha dado ya muestras de ello, ¿no creen?

—Sí —terminó asintiendo James Hamil.

—Pero ¿quién es el asesino? —Interpeló Alexander—. Puede ser cualquiera...

—Lo mejor es hacer que la caja de hierro se convierta en hierro candente... —volvió Roddy Hunter a su idea, desatendiendo la anterior pregunta.

Ya nadie le rebatió, por lo que, instantes después, la caja de hierro era depositada en medio de los ardientes troncos, entre las llamas, en espera de que el fuego cumpliera su misión.

CAPITULO XI

Había para rato.

Claro.

La caja de hierro era fuerte, gruesa, y tardaría en empezar a chamuscarse el libro. Tardaría aún más, por descontado, en quemarse y en quedarse convertido en simples cenizas.

Sin embargo, todo era cuestión de tiempo. A la larga, el fuego resultaría de efectos infalibles.

Y esos efectos eran esperados por todos ellos. No, no abandonaban por nada su puesto de vigilancia. Sabían que no les pertenecía el libro y querían, pues, tener la absoluta seguridad de que tampoco sería de nadie más. Menos aún del asesino que, por lograr aquellas otras dos llaves, había asesinado a Jerry y luego a Doris.

También había matado a Cornelia, aunque los motivos los ignoraban. Posiblemente, la sirvienta había averiguado demasiadas cosas, cargándosela.

El libro tenía que acabar destruido. Era la mejor medida que podían haber tomado. Claro que sí.

Todos ellos fumaban. Para apaciguar sus ánimos. Para aplacar sus nervios. Para controlarse mejor.

—Deborah...

La muchacha se volvió hacia Roddy Hunter. No pareció sorprenderle que el joven detective hubiera pronunciado su nombre.

—Dígame.

—No estés nerviosa... —ahora la tuteaba, con naturalidad, como si viniera haciéndolo de siempre.

Ella tampoco dio la sensación de quedar asombrada de su tuteo.

—Procuro no estarlo.

—Me encuentro yo a tu lado...

Se hallaban a un extremo de la amplísima biblioteca. Los demás permanecían al otro lado, cerca de la chimenea, la mayoría con la mirada fija, obstinadamente clavada en las abrasadoras llamas. Las cuales, con su bailoteo, a veces parecían estar riéndose de todos ellos.

Como los demás estaban lejos, podrían hablar tranquilamente. Nadie oiría sus palabras. Para eso bastaba con que no alzaran mucho la voz.

—Sí, se encuentra a mi lado —asintió la muchacha— el detective que contraté. Un detective decidido, eficiente, que sabrá hacer que no me pase nada malo. Cada vez doy más gracias al Cielo —reconoció, con una sonrisa— por haber pensado en ir a buscarle a usted.

—Sabré defenderte. Seguro. Pero ahora —observó Roddy Hunter— no me siento precisamente un detective... Sólo un hombre que, desde que te ha conocido a ti ya ha dejado de pensar en aventuras fáciles. Como aquélla... Me refiero al día que acudiste a mi apartamento... Reconozco que no se trataba de

mi secretaria...

—No hace falta la aclaración.

—Desde que te he conocido, Deborah, pienso de un, modo serio. Todo lo serio que un hombre puede pensar.

—¿Sí?

—Confieso que la idea de casarme me espantaba. Sólo oír hablar de eso, ya me daban ganas de echar a correr, y ¡tengo unas zancadas cuando quiero! Pero he cambiado, créeme...

—Usted parece olvidar que yo...

—¿Por qué no me tuteas? —la había interrumpido—. No quedaría mal. Bien mirado, una noche estuvimos cenando juntos. Bien mirado —repitió—, el otro día te di un beso.

—Pareces olvidar... —dijo la muchacha, devolviéndole el tuteo— que tengo novio. Está aquí, y se llama James Hamil.

—Un novio que no te gusta.

—No —reconoció.

—Entonces, ¿por qué es tu novio?

—Empezamos a tontear de críos, después intervinieron las familias respectivas y ya nadie puso en duda que lo nuestro iba en plan formal. Tan formalmente se lo tomaron los demás, que nosotros nos vimos obligados a seguirles la corriente. Cosas de la vida.

—Estás a tiempo de rectificar...

—Con franqueza —la muchacha hizo acariciante la mirada de sus bonitos ojos oscuros—, en eso estoy pensando desde que entré en un apartamento donde había una flamante secretaria que de secretaria no tenía nada.

—Me complace oírtelo decir —y dando ya por seguro que ella iba a arreglar el asunto—: ¿Qué dirá tu novio? ¿Tiene mal carácter?

—En esas o parecidas circunstancias, no creo que ningún hombre pueda tenerlo muy bueno. Aunque sólo sea por cuestión de puntillo, de dignidad... Pero terminará haciéndose cargo y dejándome libre el camino. Entonces pensaré tu proposición... A lo mejor sí... —y le sonrió.

—Si estuviéramos a solas, se me ocurriría algo para persuadirte —aseguró Roddy Hunter, besándola y comiéndosela con la mirada—. Pero a tu novio, porque todavía es tu novio, no le gustaría, y tendría toda la razón de su parte.

En aquel momento, el viejo Mark se puso a gimotear. Como si fuera un chiquillo al que acabaran de arrebatarle su juguete favorito.

—¿Qué le sucede? —oyeron que le preguntaba Alexander.

—Va a quemarse el libro... —seguía gimoteando—.

Ahora que lo pienso mejor, resulta una idea insoportable.

—¿Por qué? —Roddy Hunter había cruzado la estancia y se había plantado allí, a su lado.

—Porque en ese libro se explica cómo debe hacerse para convertir en puro oro... —y juntaba las manos, elevando los ojos al cielo, al techo en ese caso —. ¡Y quemar ese libro es como arrojar al mar la más cuantiosa de las

fortunas! ¡Cuando el oro es tan preciso, tan indispensable...! ¡Con los males que asolan el mundo, que el oro podría arreglar! Sí, ahora me resulta una idea insoportable...

* * *

La tensión continuaba.

Aumentaba, para ser exactos.

Faltaba ya muy poco para que el libro pudiera ser salvado del poder destructor del fuego.

Deborah acababa de ver a su novio cómo aplastaba el resto de su cigarrillo contra el cristal de un cenicero, y pensó que, si se terciaba, quizá no fuera aquél un mal momento para insinuarle que ella había empezado a pensar en otro hombre.

Le diría que lo sentía, que lo lamentaba, que había sucedido sin querer. Le diría lo que suele decirse en casos parecidos.

—James...

El aludido terminó de aplastar el cigarrillo y luego se acercó a ella. Ya allí, como ella estuviera cerca de unos sillones, él se dejó caer en el primero que encontró a su alcance.

—Todo esto resulta decepcionante, ¿no te parece? —Terminó levantando hacia ella su mirada—. Tanto hacernos ilusiones, y finalmente...

—Te duele mucho este desenlace, ¿verdad? —le preguntó. Pero sin esperar la respuesta—. A mí no, francamente.

—Hubiéramos podido vivir como reyes —dijo James Hamil—. Ahora no pasaremos de ser una pareja vulgar. No saldremos de una vulgar medianía.

—La felicidad de una pareja no estriba necesariamente en el dinero que puedan o no tener. Eso es secundario. Yo opino que hay otros factores más importantes...

—Tú siempre has sido demasiado romántica.

—Un poco de romanticismo queda bien en una mujer, ¿no te parece? Es un adorno más en ella, como puedan serlo sus ojos, o su cabellera, o sus piernas...

—El romanticismo no ayuda a vivir.

—Dime una cosa, James —creyó que no era mal momento para afrontar el tema—, ¿tú me quieres?

—¿Que si yo te quiero? —preguntó.

—Es que me estás hablando como si yo fuera, en realidad, lo menos importante para ti.

—Somos novios —dijo James Hamil.

—Que lo seamos, no garantiza nada. Esto es sólo un hecho, en el que nos vimos metidos, envueltos, casi sin proponérnoslo.

—Sí, esto es cierto —admitió.

—Pero bueno —insistió ella—, ¿tú me quieres o no? Necesito saberlo. Si

estás arrepentido de algo...

—¿Por qué iba a estarlo? Tú eres una buena chica. Me costaría encontrar otra mejor que tú.

—A pesar de eso, no pareces muy entusiasmado.

—Sí, claro que sí —pero lo dijo de un modo vago, sin apenas convicción.

Por lo que Deborah decidió hablarle claro. Comprendía de sobras que, aunque le dolieran sus palabras, no iba a morirse del disgusto, ni muchísimo menos.

Le dijo, pues, que ella se había enfriado en sus sentimientos, que había conocido a otro hombre y que sin darse cuenta...

—¿Quién es él...? —Preguntó James Hamil, interrumpiéndola, y seguía derrumbado en el sillón—. El mayordomo de esta casa, ¿no?

—Sí —asintió ella.

—Por el modo que le miras tú, y cómo te mira él, esto se veía venir. Bueno, no te preocupes, Deborah. No voy a hacerte ningún drama.

—Te lo agradezco mucho.

—Tengo la obligación de ser comprensivo —se esforzó por sonreírle—. Otra cosa no estaría bien —y añadió—: Te deseo lo mejor. Toda la felicidad de este mundo.

—Gracias, James.

Pero en medio de su agradecimiento, la muchacha no pudo menos de pensar que si su novio se había mostrado tan tolerante, tan comprensivo, era porque su llave no era la verdadera.

De serlo, todo hubiera sido totalmente distinto. Entonces, seguro que se hubiera negado rotundamente a que le dejara.

Pero, en fin, su llave no era la auténtica y ella era ya libre, esto era lo que contaba. Todo se había allanado, de un modo maravilloso.

CAPITULO XII

Alexander dijo:

—Empieza a ponerse candente.

Lo que significaba que muy pronto empezaría a chamuscarse el libro que contenía la caja de hierro. Lo que significaba que, muy poco después, el libro habría quedado ya destruido.

El viejo Mark había dejado de gimotear. Por lo visto, se había hecho ya a la idea de que fuera aquél, y no otro, el final de aquel libro.

El pensamiento de los demás daba la sensación, asimismo, de ser análogo.

Parecía, por tanto, que aquello iba todo lo bien que podía ya esperarse.

Pero Roddy Hunter, que de mayordomo no tenía nada, tan solo el uniforme que llevaba, y que de detective lo tenía todo, perspicacia, agudeza, intuición, sagacidad, sabía de fijo que aquella situación resultaría para el asesino realmente insostenible.

Porque el asesino estaba entre ellos, y por más esfuerzos que hiciera, no podría permanecer insensible ante el espectáculo que sus ojos presenciaban. Unas brasas ardientes, y unas llamas crepitantes, que iban a destruir aquello por lo que él había cometido cinco crímenes...

Exactamente.

Ni uno menos.

El tío Jess y Arlene, de eso hacía ya dos años. Después, Jerry y Doris. Por añadidura, Cornelia, la criada.

Una cadena de crímenes, cuya motivación fue, siempre, el libro que ahora iba a quedar destruido, aniquilado.

No, el asesino no resistiría su tensión nerviosa. Minutos antes o después, se delataría. Podía darse por hecho.

Y Roddy Hunter esperaba ese momento. Lo esperaba tranquilamente, tras haber tomado, eso sí, sus precauciones. No quería perder el pellejo. Ni que lo perdiera nadie más.

De pronto, tal como esperaba, el asesino perdió el dominio sobre sí mismo.

Ese instante tenía que llegar, y llegó.

Como algo realmente inevitable.

James Hamil metió la mano en el bolsillo de su americana y sacó una automática. Les encañonó.

—¡Quietos todos! —rugió. Porque más que nada, su voz ronca, agarrotada, fue un rugido.

Parecía una fiera. Una peligrosa fiera que se hubiera escapado de la jungla.

Ya sin su habitual máscara, sus ojos brillaban ahora de un modo tan perverso, tan siniestro, que estremecía el alma el solo hecho de mirarle.

Sin su habitual expresión de hombre normal y corriente, su faz se mostraba ahora tan crispada, tan retorcida, tan convulsa, que horrorizaba poner su mirada en él.

—¿Eres tú... tú el asesino...? —tartamudeó Deborah.

—¡Sí! ¡Sí! —exclamó James Hamil—. ¡Y no estoy dispuesto a consentir que todo mi esfuerzo sea devorado por esas llamas...! ¡Sacad la caja del fuego! ¡Inmediatamente!

Miró a Alexander y a Wallace. La orden era terminante, y resultaba apremiante.

Pero fue Roddy Hunter, que al fin tenía ya el culpable en su poder, aunque esto, de momento, resultara todavía algo problemático, quien respondió:

—Se van a quemar las manos...

—¡Coged ese tapete, el que hay bajo el florero! —ordenó James Hamil—. Con ayuda del tapete no os quemaréis... ¡Aprisa! ¡Aprisa! —para resultar más persuasivo, avanzó varios pasos más, apuntándoles muy de cerca con su arma.

Su argumento resultó sumamente convincente, no cabe dudarlo, así que Wallace y Alexander se apresuraron a poner manos a la obra. El miedo no les daba opción a hacer otra cosa.

Cogieron el tapete y con su ayuda, agarraron las esquinas de la caja, sacándola de allí y depositándola en el suelo.

Cuando la caja estuvo ya fuera de la chimenea, James Hamil respiró hondo. Había salvado su tesoro. ¡Estaba allí, y era suyo, pues la llave que abría la caja tenía, forzosamente, que ser una de las dos que él tenía! La que antes había pertenecido a Jerry, o la que fue de Doris. Como sea, ahora eran de su propiedad. ¡El libro por tanto le pertenecía a él!

Pero la caja debía estar poco menos que abrasando, así que no podía tocarla con sus manos. Tenía que esperar.

Aprovechó ese forzoso lapsus de tiempo para volverse hacia Roddy Hunter, quien se había acercado a Deborah, sin duda para infundirle más confianza con su cercana presencia.

—Usted se las da de listo, ¿verdad? —y medio se rió—. Pero ¿a que no ha sospechado que era yo el asesino...?

—Se equivoca —dijo Roddy Hunter, tan tranquilo y sereno como si se estuviera limitando a comentar una película policíaca—: Hace ya rato que sé que es usted... Desde que me hizo saber que usted y Deborah eran novios desde hacía años... Por eso, con esta exclusiva intención —puntualizó— hice aquellas preguntas... Desde el primer momento sospeché de usted, y me resultaba de vital importancia saber si cuando Jess Worley fue salvajemente ahorcado, usted formaba ya parte de la familia, aunque sólo fuera como futuro marido de una de las sobrinas...

—Bueno —se rió de nuevo James Hamil, si bien como la otra vez, sólo a medias—, listo o no, de poco va a servirle... Como comprenderá, no voy a dejar testigos...

—¿Ah, no? —El joven detective, sin expresar la menor agitación, echó una mirada en torno a sí, y luego dijo—: Aquí estamos todavía cinco personas.

—Pero hay más balas en mi pistola que personas aquí —advirtió James Hamil—. Y como tengo una puntería infalible, aún me van a sobrar...

—Si me lo dice con esa cara tan seria, de veras, no me atrevo a llevarle la contraria. Soy muy miedoso, ¿sabe? —pero permanecía ante el asesino tan erguido, tan firmemente puestos los pies sobre el suelo, tan resuelta y decidida la mirada, que no podía desmentirse más.

—Si todavía no siente miedo —repuso James Hamil, rechinando los dientes—, ya lo sentirá... ¡Así que vea que su final se aproxima! Pero antes, quiero que me vea sacar el libro y ser dueño de aquello por lo que tanto he luchado.

—Tiene usted, señor Hamil, una manera muy particular de luchar. En ciertos lugares de la tierra, esa manera de luchar se paga con la horca, o con la guillotina, o con la silla eléctrica, o pongamos por caso, con la cámara de gas para que quede más moderno.

—No me gustan los chistes poco graciosos.

—Era sólo un poco de humor negro. A propósito, señor Hamil, mientras espera que la caja se enfríe... —y Roddy Hunter seguía mostrando una serenidad pasmosa—, ¿por qué no nos cuenta de qué medios se valió para acabar con tío Jess y con Arlene? Ya que no van a quedar testigos de esta escena, nada le cuesta regocijarse y solazarse en su propio triunfo, ¿no cree?

—Tiene razón, nada me cuesta demostrar a todos —lanzó una mirada circular, mientras les vigilaba, tanto con su mirada como con su pistola— que he sido el más inteligente de todos.

—Empiece por el principio, por favor —solicitó Roddy Hunter.

—Deborah me telefoneó —empezó diciendo James Hamil—. Acababa de llegar aquí, a esta casa, dispuesta a pasar unos días, como hacía todas las Navidades. Estaba muy triste porque se había encontrado paralítica a su prima Arlene, a causa de un accidente de automóvil. Pero me confesó que algo la consolaba, y era saber que tío Jess, que había dado al fin con aquel libro que durante tantos y tantos años había estado buscando, podría convertir cualquier cosa, o poco menos, en oro. En oro auténtico, de veinticuatro quilates.

CAPITULO XIII

—Supongo que no se lo creería —dijo Roddy Hunter—. ¿O sí...? Sí, claro que sí... A juzgar por los hechos que se produjeron a continuación...

—Tenía que creerlo, porque en más de una ocasión traté a tío Jess y hablaba con tanto énfasis, con tanto entusiasmo... Además, Deborah acababa de decírmelo, ella misma había visto el oro que había surgido de aquel experimento... Oro del mejor, sin lugar a dudas, así lo había afirmado Jerry, que era joyero... En consecuencia, decidí dejar los miramientos a un lado e intervenir.

—Explíquenos cómo lo hizo. Pero no... —Roddy Hunter quiso demostrarle, quizá para desconcertarle, que su imaginación había encontrado ya respuesta a todo aquello—. Pero no... no hace falta —y agregó—: Se metió en el desván por el ventanuco, que consiguió abrir sin demasiado esfuerzo, las bisagras estaban viejas y enmohecidas y se rompieron en seguida. Hasta allí subió por la tubería del agua... Amparado en la niebla, y más siendo ya de noche, debió resultarle fácil que nadie le viera. Ya en e! desván, cogería la polea. Con la ayuda de ésta, después, alzaría el cuerpo escayolado de su tío Jess y el cuerpo paralítico de Arlene. Hizo suponer, así, que era un crimen llevado a cabo por varias personas. Una sola no podía alzar tanto peso.

—Sí, exactamente —reconoció James Hamil— es lo que pensé, y no me dio malos resultados. La policía se quedó sin averiguar nada.

—Fue un éxito por parte, aunque sólo momentáneo... —Roddy Hunter seguía sin achicarse, y eso que la boca de aquella pistola le apuntaba preferentemente a él—. Digo sólo momentáneo porque dése cuenta, finalmente todo se está averiguando.

Wallace y Alexander, y también el viejo Mark, permanecían sin atreverse a intervenir. Dejaban toda posible iniciativa al mayordomo de la casa, quien, por lo demás, y pese a todo, parecía dominar en cierto modo la situación.

Por lo menos esa impresión le causaba a Deborah, que cuanto más le miraba más aspecto le encontraba de héroe.

—Pero no me sirvió, de nada matarles —dijo James Hamil—. Por más que busqué en el laboratorio, o en el dormitorio de tío Jess, o en el de Arlene, no di con la caja, ni con la llave. Finalmente, tuve que marcharme con las manos vacías.

—Sin embargo —repuso Roddy Hunter—, sus esperanzas se reavivaron dos años después, de esto hace ya pocos días, cuando Mark les escribió aquellas cartas...

—¡Sí! —afirmó—. Y más aún, cuando las cinco llaves estuvieron repartidas. Me juré a mí mismo que las cinco acabarían en mi poder.

—¡Por eso mató a Jerry.

—Sí.

—Y a Doris...

—Yo quise matarle a usted, y para eso fui a su habitación. No me gustó el puñetazo que me dio en la escalera, ni lo que se estaba entrometiendo en nuestro asunto. De todos modos, a Doris también tenía que matarla. Necesitaba su llave. Así que, al encontrarla allí, aproveché...

—¿Y por qué a Cornelia? Cornelia no tenía ninguna llave.

—Pero sospechó de mí, y juzgué forzoso eliminarla. No quería correr riesgos inútiles.

—Sin embargo —dijo Roddy Hunter—, Cornelia creyó, en un principio, que no fue uno, sino varios, los que acabaron con la vida del señor Worley y de su sobrina Arlene. Dado el peso que consiguió levantar el asesino al alzar las sogas. No, al principio, al menos, no desconfió de usted, señor Hamil, sino de Jerry, Doris, Wallace y Alexander Worley... Por eso, cuando encontró la caja de hierro y la llave, se le ocurrió lo de las otras llaves... En realidad, Mark dejó la auténtica en un buen sitio. Fue ella la que, a sabiendas, la mezcló con aquellas otras cuatro. Fue ella, asimismo, quien, una vez mostrada la caja a Mark, la escondió de nuevo. Estaba convencida de que, metidos en esa red, unos por otros los sobrinos se matarían, se asesinarían entre sí. Esta vez, entre sí. Y es lo que ella deseaba, que se diezmasen. Quería vengarse por su señor, al que había amado.

—¡Entonces —se sofocó James Hamil—, ¿todo esto ha estado tramado por Cornelia...?

—Sí —dijo Roddy Hunter—, ella misma me lo confesó. Como verá, señor Hamil, yo también le estoy contando cosas interesantes.

—Como sea —consideró James Hamil—, ahora tengo ante mí la caja de hierro y las dos llaves, una de las cuales, forzosamente, ha de ser la auténtica.

—Sí, claro... —pero lo dijo con un tonillo que al asesino no le gustó nada.

Le gustó tan poco que se amoscó.

—Oiga, ¿qué ha querido decir con eso?

—¿Con qué? —preguntó.

—Con eso de «sí, claro»... y con el retintín que lo ha acompañado, con el que ha parecido que se chanceaba de mí.

—Yo nunca me chanceo de nadie que lleve una automática en la mano, se lo aseguro. Para hacerlo, espero a quitársela. Cada cosa en su momento oportuno. Es la mejor táctica.

—Prueba a quitármela, y le agujerearé el cuerpo.

—¿Con cuántas balas? —ironizó.

—¡Con todas!

—Entonces, ¿cómo iba a matar a los demás? Sería un paso en falso, de fatales consecuencias para usted.

—Era un decir... —corrigió—. Ya le he dicho antes que tengo una puntería infalible y que...

—Lo recuerdo perfectamente —Roddy Hunter le había interrumpido. Hecho lo cual, añadió—: Anda, déjese de palabras y abra la caja de una vez. Nos tiene expectantes.

James Hamil consideró que, en efecto, era el momento de sacar las llaves y de abrir la caja. Pero no quiso correr el riesgo de que, mientras lo hiciera, Roddy Hunter pudiera echársele encima y desarmarle. Así pues, precavido, le obligó a retroceder varios metros. A él y a los demás. Por si acaso.

Sólo entonces, con una rodilla hincada en el suelo, y. con la pistola en la mano izquierda, metió con su derecha la primera llave en la cerradura.

Pero esta llave era demasiado estrecha y bailoteó en su interior.

—No, no es ésta... —empezó a sudar.

—Queda la otra —indicó Roddy Hunter. Y anticipándose al temor del asesino—: No, no se angustie... Esa, la última, abrirá la caja... Y allí encontrará el libro. Délo por seguro. El truco es otro.

James Hamil metió la última llave en la cerradura, haciéndola girar. Y sí, ésta giró, descorriendo la cerradura. La tapa quedó en disposición de ser abierta.

Y James Hamil, emocionado, pletórico de énfasis, casi frenético, se apresuró a abrirla. ¡Y sí, allí, en su interior, estaba el libro de negra encuadernación!

Pero James Hamil, recordando de pronto las últimas palabras de Roddy Hunter, quedó tirante, crispado, envarado.

—¿Ha dicho que el truco...? —y se le atragantó la saliva, hasta taponarle la garganta.

—He dicho que el truco —repitió Roddy Hunter— no está exactamente en la llave, ni en la caja, ni en que no exista el libro... Está en lo que viene a continuación. ¿Cómo ha sido usted, y en este sentido todos... —ahora miró también a los demás— tan insensatos como para no comprenderlo desde el primer instante?

—¿A qué se refiere? —y James Hamil cogió el libro entre su temblorosísima y convulsa mano derecha, pero sin atreverse a abrirlo, ni tan siquiera a hojearlo, acuciado de súbito por una incomprensible alarma, por una inexplicable desazón, por un terrible desasosiego.

—Me refiero —dijo Roddy Hunter, y su voz sonó como una sentencia inmutable— a que jamás ha existido ese libro de alquimia, ciencias ocultas, magia, transmutaciones... que nunca ha existido ese libro por el que han andado medio locos todos ustedes y usted, señor Hamil, loco del todo.

—¿Queeeeé...?

—Puede que exista en cierto modo —admitió Roddy Hunter—, pero como un libro más, sin más importancia y trascendencia... Jess Worley lo buscaba y ponía su alma en ello, pero de eso no pasaba la cosa.

—¿Quiere decir? —inquirió James Hamil, y apretaba muy "fuerte el libró, pero, aún, sin atreverse a abrirlo.

—Quiero decir —Roddy Hunter seguía hablando de lo que, para él, desde el principio, había estado como el agua— que Jess Worley, amparándose a sí mismo en lo que venía diciendo y hablando durante tantos años, les engañó a todos. Pero no fue por maldad, fue en realidad una mentira piadosa.

—¿Mentira? —James Hamil seguía con una rodilla hincada en el suelo, ahora temblando todo él. Temblando tanto, y de tal forma, que puede decirse que su cuerpo sufría frecuentes sacudidas.

—Sí —ratificó. Y explicó a continuación—: Después del accidente de coche, cuando ya los doctores negaron toda esperanza de curación a su sobrina Arlene, Jess Worley temió que la muchacha cometiera un disparate, que intentara quitarse la vida. Quiso salvarla, quiso darle fe y confianza en el futuro, quiso, en definitiva, darle una nueva razón de vivir, y se le ocurrió hacerle creer que podían hacer oro. En realidad, lo único que pudo hacer es sacar su dinero del Banco y comprar él mismo el oro. Un oro que luego haría salir a escena, tras el experimento, en el recipiente en que debía aparecer. Se haría ayudar de la propia Arlene, así que ésta sería la primera en admitir como buena la farsa...

—No, no puede ser... —Ahora sí, James Hamil se puso en pie. Seguía con el libro en la mano, firmemente sujeto, más bien crispado entre sus dedos.

—Cuando me enteré —repuso Roddy Hunter— que en su testamento Jess Worley legaba mil libras a su sirviente, Cornelia, y esta casa a su mayordomo Mark, y sólo quinientas libras a cada uno de sus sobrinos, con los que mantenía buenas relaciones, adiviné en seguida la verdad... El dinero que los sobrinos esperaban y no apareció, estaba en aquel oro. En aquel mismo oro que él había adquirido.

—No, no...

—Para que quedara todo mejor, escondió este libro, un libro cualquiera dentro de la caja de hierro, y escondió ésta. Ponía de esta forma un decorado muy convincente.

—No, no...

* * *

El nuevo silencio que reinó entre ellos, fue tan espeso y denso como esa niebla que hacía de Pittersson una localidad tan desapacible e inhóspita.

De pronto, James Hamil no pudo soportar más las dudas, la incertidumbre, esa terrible interrogante que se cernía sobre él, y abrió el libro.

Las palabras de Roddy Hunter resultaron proféticas.

Aquél era un libro cualquiera. Menos aún, pues en realidad no era ni una simple novela de amor o aventuras. No era ni tan siquiera una de esas novelas que se encuentran en las bibliotecas de cualquier casa. ¡Era, simplemente, una libreta en blanco!

Aquella libreta sólo tenía de impresionante, de imponente, sus tapas negras, que parecían querer sugerir algo. Por las tapas, sin duda, Jess Worley la había elegido.

—¡Las páginas están en blanco...! —exclamó James Hamil.

—Y por ese libro ha cometido cinco crímenes. Por los que tendrá que responder a la justicia... ¡De esto me encargo yo!

Y dicho y hecho, Roddy Hunter se abalanzó hacia adelante.

James Hamil disparó, pero Roddy Hunter, que sabía que iba a hacerlo, se había tirado ya al suelo, esquivando así la bala.

Volvió a disparar, creyendo que, teniéndole en e) suelo, le iba a resultar más sencillo acabar con él, pero Roddy Hunter dio una rapidísima vuelta sobre sí mismo, y de nuevo la bala se perdió.

James Hamil, a su vez, perdió los nervios. Había ya desperdiciado dos balas.

Y como viera cerca una de las ventanas, y supiera que por ésta podía saltar fuera de la casa, decidió huir. ¡Sabiendo que llevaba pistola, seguro que le dejarían escapar! Ya ellos sanos y salvos, no querrían arriesgarse.

Así lo hizo. Se precipitó hacia la ventana y la abrió.

Pero el viejo Mark, que es el que se hallaba en aquel momento más cerca de él, quiso impedírselo.

—No, no, quieto... —le aconsejó Roddy Hunter—. Déjele que huya... Déjele...

No obstante, el viejo Mark no le hizo- caso e insistió en su pretensión. James Hamil, entonces, disparó. Esta vez la bala alcanzó la cabeza y levantó la tapa de los sesos. El orificio se marcó por un lado y luego se marcó por el otro.

Seguidamente, James Hamil saltó por el alféizar, huyendo. La niebla, hecha su aliada, esfumó su silueta. La hizo desaparecer. La tragó.

Pero, por descontado, James Hamil se equivocó al suponer que no iban a seguirle.

No lo hizo Wallace.

Tampoco Alexander.

Sin embargo, le siguió Roddy Hunter. Más aprisa no pudo hacerlo.

En consecuencia, apenas dos minutos más tarde, James Hamil se veía atacado, de pronto, de improviso, resultándole totalmente inútil la pistola que llevaba. La cual, al primer golpe, saltó ya por los aires.

James Hamil se defendió.

Pero Roddy Hunter tenía un fuerte, y eran sus puños. Decir que pegaba de un modo demoledor es quedarse corto.

Tan pronto, que a las pruebas me remito. Instantes después, James Hamil se hallaba ya sin conocimiento, en el suelo, hecho un ovillo.

Rodeado de la niebla, que ahora, por casualidad, parecía empezar a clarearse.

En aquel momento llegaba el inspector Cotten. Roddy Hunter le había mandado llamar.

CAPITULO XIV

—No pude contratar a un detective mejor —sonrió Deborah.

—Eso ya lo sé —dijo Roddy Hunter—. Lo que no sé todavía es si vas o no a casarte conmigo... Supongo que sí —añadió, cogiéndola por los hombros y seguidamente estrechándola contra su pecho—, porque tienes cara de lista. Y las chicas listas no se dejan escapar las buenas oportunidades.

—Si te debo la vida, o poco menos —repuso ella—, lo menos que puedo hacer es dedicártela, ¿no crees?

—Perfecto.

Ya no hablaron más.

Se besaron largamente.

FIN